

LA TABERNA FANTÁSTICA

EL IMPOSIBLE VENCIDO

GONZALO SANTONJA
Director de la Fundación Instituto
castellano y leones de la lengua

Dejemos las cosas en su sitio;
no como estaban
A. SASTRE,
M.S.V. (o La sangre y la ceniza)

El imposible vencido. En efecto, nada menos que todo eso vino a significar a mi juicio el éxito comercial de *La taberna fantástica*, lo que sostengo aprovechando el título que un jesuita venerable, Manuel Larramendi, maestro de Teología del salmantino Real Colegio de la Orden, asignó al fruto de sus muchos desvelos en 1729 al lanzar al mundo asombrado de las bibliotecas y las librerías la primera gramática o *Arte de la lengua Bascongada*¹. Lo hago, claro está, mutatis mutandis y cambiando de tercio, porque el contradiós salta a la vista entre la teología del vasco y la taberna estupenda de Alfonso Sastre. Ahora bien, en ambos casos mediaba un reto, ciertamente de muy distinta índole, que las obras en cuestión se encargaron de demostrar artificial o, si se prefiere, mantenido en vigor por exclusivas sinrazones interesadas: ni el vasco era una jerga de ordenación y estudio imposible, ni el teatro de nuestro autor carecía de posibilidades de éxito, sino al contrario. Únicamente era necesario

¹ Permítaseme señalar que manejo esta obra, fundamental en la historia del estudio del vasco, por la edición de los Hijos de I. Ramón Baroja, impresa en San Sebastián en 1886. Saco a colación la referencia por tratarse, precisamente, de una empresa de los Baroja, cuando nos encontramos en plena conmemoración del cincuentenario de la muerte de don Pío, a veces tan discutido, a mi entender injustamente, en nombre de esa causa.

llevarlo a las tablas con medios y sostenerlo en ellas con algún entusiasmo, sin escatimar su promoción hasta los céntimos o, al menos, dando tiempo a los efectos del boca a boca, factor que a la postre resultó decisivo.

El «mágico prodigio», como diría Calderón de la Barca, conoció su principio la noche, ciertamente fantástica, del 23 de septiembre de 1985 en la Sala Fernando de Rojas del Círculo de Bellas Artes (Madrid), lo cual suponía, para empezar, un retraso de nada menos que cuatro lustros respecto al momento de su escritura, a dieciocho años largos de su anterior estreno comercial: el de *Oficio de tinieblas*², título que marca el punto de inflexión en la ruptura de Sastre por la liberación del lenguaje y apunta las bases de lo que él mismo ha dado en llamar la «tragedia compleja».

Entre los estrenos de *Oficio de tinieblas* y *La taberna fantástica* a duras penas mediaron en España cuatro montajes, tan sólo cuatro, a cargo de otros tantos grupos independientes: Juan Margallo sacó adelante los de *M.S.V. (o La sangre y la ceniza)*³ y *Ahola no es de leil*⁴, el primero con El Búho en el Teatro de la Comedia de Madrid (8 de febrero de 1967) y el segundo con El Gayo Vallecana (1970), preparada esta escenificación con Fermín Cabal; mientras que César Oliva y la compañía Julián Romea pusieron sobre las tablas (1981) *Terrores nocturnos*, discutible acomodo de tres piezas cortas (*El vampiro de Upsala*, *El doctor Frankenstein en Hortaleza*⁵ y *Las cintas mag-*

² Curiosa historia, en verdad curiosa, la de esta obra, estrenada en Madrid al amparo de tal título pero publicada en París bajo el de *Por la noche (Tres dramas españoles, 1965)*, escogido por Sastre, tras haber barajado los de *La resaca y Alcohol*, al caer en la cuenta de que el de *Oficio de tinieblas* ya había sido utilizado por la novelista Rosario Castellanos (lo mismo, por cierto, sucedía con *Resaca y Alcohol*, empleado el primero por Juan Goytisolo). Y en esas estaba Sastre, procediendo al cambio, cuando recibió la noticia, para él sorprendente, de que la censura autorizaba el estreno. Así las cosas, cualquier alteración, por mínima que fuese, determinaba la repetición de esos trámites desde el principio. En consecuencia, tuvo que mantenerlo, a sabiendas de que ya existía.

³ Cf. la completa edición de Magda Ruggeri Marchetti: *M.S.V. (o La sangre y la ceniza). Crónicas romanas*. Madrid, Cátedra, 1984 (Letras Hispánicas, 88).

⁴ Escrita en 1975, y con el prólogo fechado a 4 de abril desde la cárcel de Carabanchel, la estrenó una compañía francesa, Théâtre de la Source, el 29 de mayo de 1979 en Burdeos, anticipándose por poco a Juan Margallo. Cf. *Ahola no es de leil (Una tragedia sin importancia)*. Bilbao, Hiru, 1990.

⁵ Segunda parte de *Ejercicios de terror*, escritos entre noviembre de 1969 y septiembre de 1970, cuya acción a su vez desemboca, teatro dentro del teatro, en *El vampiro de Upsala*. Cf. *Ejercicios de terror. Obra teatral en dos partes sobre manifestaciones ultraterrenas, vampirismo, licantropía, fabricación de monstruos y otras malas costumbres*. Bilbao, Hiru, 1991.

*néticas*⁶); y Enrique Flores escenificó, en ese mismo año particularmente venturoso de 1985, *La Tragedia fantástica de la gitana Celestina*, pieza escrita a instancias de María Luisa Aguirre d'Amico para el Teatro Argentina de Roma, donde fue estrenada, el 26 de abril de 1979, traducida por Aguirre y bajo la dirección de Luigi Squarzina, con numerosas variantes, no siempre felices, respecto al texto definitivo, cuya edición depurada corrió a cargo de Mariano de Paco, al lado de la de *La taberna fantástica*⁷, siendo muchos y muy notables los puntos de afinidad entre ambas obras.

Muchas las afinidades y también, por descontado, notables las divergencias, o mejor dicho, los grados en el desarrollo de esa concepción, a mi entender apasionante, de la «tragedia compleja», una de las grandes aportaciones, teóricas y prácticas, de Alfonso Sastre, cuyo haber intelectual incluye un corpus notable de reflexiones sobre las fórmulas del realismo y profundas indagaciones a propósito de los registros plurales de la tragedia, «plantada desde una conciencia correcta de la degradación social que no trate de mantener el elemento trágico en un estado *ideal* de pureza, pero lo proteja contra la disolución, complejizándolo», de modo que «la tragedia será así el núcleo real de una historia aparentemente no trágica» al verse sometida esa temática al tamiz de lo irrisorio⁸.

Así pues, escrita *La taberna fantástica* en 1967, como señalé más arriba, veinte años de silenciamiento, apenas interrumpidos por una minoritaria

⁶ Por cierto, «la única obra que yo haya escrito ex profeso para la radio», confiesa el autor en la «nota para esta edición», que es la de Hiru (Hondarribia, 1995), donde forma volumen con «Teatro, radio, fantasía», ensayo sobre teatro radiofónico, y *Teoría de las catástrofes*, espectáculo concebido para La Fura del Baus. *Las cintas magnéticas* respondió a un encargo «de la Sociedad Española de Radiodifusión», gracias al empeño de Basilio Gassent, «que había decidido presentar una grabación al Premio Italia, el cual al parecer hubiera obtenido «si el jurado norteamericano no [la] hubiese vetado» a causa de que suponía una denuncia, directa y convincente, de los horrores de la guerra de Vietnam.

⁷ Alfonso Sastre, *La taberna fantástica. Tragedia fantástica de la gitana Celestina*. Edición de Mariano de Paco. Madrid, Cátedra, 1998 (Letras Hispánicas, 327).

⁸ Alfonso Sastre, *La revolución y la crítica de la cultura*. Barcelona-México, Grijalbo, 1970. Capítulo 9, pág. 104. Resulta especialmente recomendable la reedición de Hiru (1995). En cuanto al estudio del drama, Sastre dio a conocer en 2000 un ensayo de muy considerable entidad, todavía sin digerir por la crítica especializada: *El drama y sus lenguajes*, dividido en dos volúmenes, «Drama y poesía» (I) y «Gramaturgia y textamento» (II).

edición de la Universidad de Murcia⁹, dieron paso a la sorpresa de una aceptación generalizada, representada la obra durante varios años con éxito creciente, así en España como más allá de nuestras fronteras, y enseguida refrendado tal éxito, con rara unanimidad, por la crítica, las ediciones [publicada por *Primer Acto* en 1985, casi de inmediato fue traducida al italiano¹⁰; pronto salieron al menos otras dos ediciones españolas y en 1998 apareció en la colección «Letras Hispánicas» de Cátedra, etc.] y los premios, desde el del «Espectador y la Crítica» en diversas modalidades [al texto, a la mejor interpretación y al director de escena] al Nacional de Teatro, distinción recibida en algunos sectores con rechinar de dientes indisimulado.

El éxito y las conclusiones que del mismo se derivaban eran tan obvios, que algunos programadores con mando, y no tan sólo algunos programadores, prefirieron ejercer el dontancredismo, resueltos a que esa experiencia no volviera a repetirse nunca, quizás porque dejaba sin argumentos a quienes desde la Transición venían sosteniendo –y en ello siguen– que el teatro español se bifurcaba en dos grandes categorías: las piezas de arte y ensayo, condenadas de antemano a los circuitos minoritarios y a los festivales; y las grandes producciones para consumo masivo, con un territorio intermedio de configuración tan incierta como movable más el subgénero, bastante infumable, de los diferentes teatros *nacionalistas* opíparamente subvencionados. Excluido de todas esas categorías, Alfonso Sastre habitaba, en lo que al teatro representado se refiere, en el corazón del reino del ninguneo. A dicho tenor, la aceptación masiva de *La taberna fantástica* apuntaba la posibilidad de una transformación.

Otro teatro era posible. Comercialmente hablando, un teatro distinto se reveló viable. ¿Sucedió así? Evidentemente, y por desgracia, no. La excepción de *La taberna fantástica*, una radical «novedad porque no he tenido nunca ningún éxito muy grande»¹¹, careció al respecto de consecuencias. Insisto en

⁹ Alfonso Sastre, *La taberna fantástica*. Edición de Mariano de Paco. Murcia, Universidad de Murcia, 1983 (Cuadernos de la Cátedra de Teatro, 12). Cuando se trata de las obras de Alfonso Sastre, siempre se revelan de especial utilidad las ediciones de Hiru, con textos cuidados por el autor y valiosos documentos complementarios: introducciones, notas, reflexiones, artículos, apuntes y cuadernos de trabajo. Así sucede con esta obra (1995).

¹⁰ Alfonso Sastre, *La taverna fantastica*. Traducción de Tiziana Tosolini. Milán, Tranchida, 1985.

¹¹ Francisco Caudet, *Crónica de una marginación. Conversaciones con Alfonso Sastre*. Madrid, De la Torre, 1984, pág. 65.

ello: por desgracia. Y entiendo que esto es así porque esta obra supone una alternativa lograda en dos puntos básicos de la propuesta teatral renovadora de Alfonso Sastre: liberado el lenguaje de gangas retóricas y encorsetamientos, captado con honda verdad y radical verosimilitud el modo de hablar de los ambientes marginales, el hampa de Madrid y los quinquilleros¹², bien eludida al tiempo la tentación del sainete y asimismo superada la estética naturalista por la conquista plena del derecho a la fantasía, original modo de afirmarse en las enseñanzas de Bertold Brecht reivindicando a Aristóteles, parcialmente negado por aquél.

En resumidas cuentas: Sastre recupera la tragedia, pero una tragedia sometida al tamiz dialéctico de la negación, tan equidistante del nihilismo sin carga histórica como de un realismo de límites reductores, lo que implica la asimilación nada simplista de la aportación, entre otros elementos, del esperpento valleinclanesco y el magisterio del Beckett de *Esperando a Godot*. Todo eso está aquí, lector amigo, en las páginas estupendas de esta gozosa *taberna fantástica* a cuya entrada te dejo, una vez puestas, creo yo, las cosas en su sitio, siquiera como oportunidad que por un instante tuvo visos de certidumbre. Descartada esta propuesta por el teatro dominante, el futuro, en consecuencia, sigue representando un reto. En esa perspectiva, su obra presenta, como diría Lucien Goldmann, un potencial de sumo relieve.

¹² A este tenor, resulta muy provechosa la lectura de *Lumpen, marginación y jerigonça*, «insólito viaje» por las regiones de las jergas y el submundo del talego, original, apasionante, divertido y fecundo, muy rico en la recolección de materiales y modos lingüísticos marginales (Madrid, Legasa, 1980).

LA TABERNA FANTÁSTICA

Personajes

EL AUTOR

LUIS

EL BADILA

EL CACO

ROGELIO EL ESTAÑADOR

PACO EL DE LA SANGRE

LA PAREJA DE LA GUARDIA CIVIL

EL CARBURO

CIRIACO EL HOJALATERO

EL MACHUNA

LA VICENTA y SU CRÍO

EL TIRITERA

LOREN, EL CIEGO DE LAS VENTAS

EL CHULI

MÁSCARAS

Un cartel que dice:

**«El autor de esta obra frecuenta algunas tabernitas
cercanas a Las Ventas del Espíritu Santo.»**

El cartel es retirado para que comience el:

PRÓLOGO

(Luz sobre el AUTOR.)

AUTOR.— *(Al público.)*

Represento al autor de la comedia.
En su nombre les digo:
les agradezco muy de buten
que hoy bacilen conmigo

Por mí podrían fumar y beber tragos
(si les gusta la priba),
¡pero nos lo prohíbe
la autoridad gubernativa!

Contribuirían al ambiente
con el humo y el vino, pues la escena
es una tasca suburbana
triste y acetilena.

La taberna es tranquila y cuasi fúnebre
cuando el currante vaca.
Pero los sábados... En fin, ésta es la historia
de una sangrienta pajarraca.

Una tarde de sábado (y agosto)
bajo un sol de justicia me aburría.
Entré a charlar con Luis el tabernero.
¡Y nada presagiaba lo que sucedería!

(Luz en la taberna. La muestra dice: «El Gato Negro». Encima del dintel, un gato de escayola, erizado. Es una taberna vieja. Detrás del mostrador tres pellejos de vino. Radio. Teléfono. El decorado es complejo: comprende el interior de la taberna, la explanada exterior no urbanizada y el arranque de un vertedero de basura. Fondo de rascacielos y chabolas. Cae un sol de justicia. LUIS, el tabernero, se dirige al público.)

LUIS.— ¡Las broncas es una cosa mala! Se hartan de vino, aquí la clientela, y luego a ver quién carga con las consecuencias; yo.

AUTOR.— *(También al público.)* Cualquiera diría.

LUIS.— *(También al público.)* Hombre, usted porque no viene los sábados por la noche. Se pone esto de miedo.

AUTOR.— *(También al público.)* ¿Esto?

LUIS.— *(Asiente.)* De miedo. Yo, en cuanto llega la noche, loco por cerrar. Es un compromiso, ya le digo.

AUTOR.— No será para tanto, hombre.

LUIS.— ¿Que no? Un compromiso, lo que yo le diga.

AUTOR.— Claro. Cualquier cosa que ocurra..., ¿no?

LUIS.— Exacto. Así que en cuanto veo un clarito echo el cierre y a sobar, que además acaba uno muerto, de todo el día de pie. ¿Que me pierdo una peseta? Bueno, pero me la gano en tranquilidad; es decir, que la disfruta mi cuerpo.

AUTOR.— Con la buena gente que viene por aquí... Al menos, los que yo conozco así de alternar..., parece mentira.

LUIS.— No, si buena gente sí, pero algunos, unos cabrones cuando llega el momento.

AUTOR.— *(Ríe.)* Qué cosas tiene usted.

LUIS.— Si no es que tenga queja; y ni de los quinquilleros en ese sentido, a ver si me entiende... Pero es la cosa del vino, más que nada; y la mala sangre de algunos, que también; porque, a ver, dígame usted a mí si hay derecho

a que por abusar de aquí (*Con el pulgar, además de beber.*) te falten al respeto y que, por menos de nada, te la llien.

AUTOR.— (*Benévolo.*) El vino, ya se sabe.

LUIS.— Sí; pero si no sabe uno beber, o sea, que tiene mal vino, como se dice, es lo que yo digo, pues que no beba. A ver si no llevo yo razón. Claro que a usted, si se arma, a lo mejor le interesa para sus sainetes, pero a mí me joden, con perdón.

AUTOR.— (*Comprensivo, risueño.*) Es natural, Luis. Es natural. (*Se queda mirando fijamente hacia el público. Pausa.*) ¿Quién se ha muerto?

LUIS.— No sé.

AUTOR.— Es que ha pasado una carroza. Parece que baja hacia las chabolas del Tejar.

LUIS.— ¡Ah sí! Ha sido ésa, la señora Cosmospólita.

AUTOR.— ¿Quién?

LUIS.— Sí, hombre, la Cosmospólita, la quinquillera, ¿no sabe?, la mujer del Ciriaco, el de las hojalatas, sí, hombre, que es el hermano del Machuna, o sea, que ella era cuñada del Machuna, el compadre de Ramón el de las Poesías, ¿no cae? ¡La Cosmospólita! Pero si la ha visto usted mil veces; la madre del Rogelio, del Rojo, que le llaman, que anda huido por ahí desde que mataron a ese guardia civil en Hortaleza, porque dicen que le echan las culpas, ¡no de la muerte, entiéndame!, pero que dicen que si es cómplice o que si no... En fin, un rollo.

AUTOR.— ¡Ah, sí, ya sé! Sólo que yo conozco más a la familia de ella; a ese que llaman el Tiritera, que trabaja haciéndose el enfermo ahí, a la puerta del Mercado de Torrijos.

LUIS.— (*Asiente y complementa.*) ... Que es su hermano.

AUTOR.— Y a ese que va de ciego, con su lazarillo.

LUIS.— ... Que le llaman el Ciego de Las Ventas. Sí, hombre. El Loren.

AUTOR.— Que lleva gafas negras, ése.

LUIS.— Que lleva gafas cuando sale a trabajar, porque luego se las quita y diquela más que usted y yo juntos el muy cabrito.

AUTOR.— ... Que creo que fue el primer marido de esta señora que ha muerto, ¿no? (*LUIS hace un gesto.*) O, vamos, que vivió con ella antes. (*LUIS hace un gesto de «eso sí».*) Y que tienen un hijo.

LUIS.— Usted lo ha dicho: el Chuli.

AUTOR.— Pues pobre mujer. ¿Y qué tenía?

LUIS.— Eso sí que no sé. Por aquí lo han dicho, pero no he prestado atención.

Pero creo que tenía el vientre cosa mala. (*Gesto de hinchado.*)

AUTOR.— Estoy por acercarme al entierro; no sé qué hacer.

LUIS.— Hombre, para usted, a lo mejor es curioso.

AUTOR.— Vendrán todos los parientes, seguro, ¿no?

LUIS.— (*Asiente.*) Los quinquilleros, ya se sabe, todos son familia... Pero el Rojo, no creo que se atreva. La que vendrá, seguro, es la Guardia Civil, por si las moscas. Toque usted hierro.

AUTOR.— ¿Por qué?

LUIS.— Ojala que no caigan por aquí.

AUTOR.— ¿Los guardias?

LUIS.— Digo los quinquis. Se la juega uno con estos hijos de su madre. (*Ahora vemos, porque se levanta, que junto al vertedero estaba durmiendo alguien. Es un tipo simiesco, de largos brazos, encorvado y chato, que anda torpemente hacia El Gato Negro y entra. El saludo de LUIS es áspero.*)

LUIS.— ¿Ya la has dormido?

BADILA.— Cállate la boca.

LUIS.— La castaña, digo.

BADILA.— Cállate.

LUIS.— La tenías como un piano.

BADILA.— Dame de beber.

LUIS.— Eso no te lo crees ni tú.

BADILA.— Qué malo eres.

LUIS.— Encima que te aguanto.

BADILA.— Dame de beber.

LUIS.— No queda.

BADILA.— Me cago en mi padre.

LUIS.— Eso allá tú.

BADILA.— ¿Qué tienes tú que decir de mi padre?

LUIS.— Anda éste.

BADILA.— Te oigo y no te oigo.

LUIS.— No me extraña.

BADILA.— Mañana te lo pago.

LUIS.— No te escucho.

BADILA.— Que me des, te digo.

LUIS.— Date el zuri, Badila. Que me cabreo.

BADILA.— ¿Tú me echas?

LUIS.— Estás más guapo fuera, anda.

BADILA.— Yo soy un parroquiano. ¿Sí o no?

LUIS.— Lo eras.

BADILA.— A ver si voy a cagarme en algo malo.

LUIS.— *(Lo coge por el cuello, amenazador.)* ¿Por ejemplo?

BADILA.— *(Se achanta.)* En mi padre.

LUIS.— *(Lo suelta.)* ¡Cómo lo estás poniendo al hombre! Ya van dos veces que lo empapuzas, asqueroso.

BADILA.— Tú, a callarte, que está bajo tierra y era un santo.

LUIS.— ¿Qué he dicho yo sino afearte?

BADILA.— Ni afearme ni pollas. A mi familia ni mentarla, ya lo sabes, y menos a mi bato, que ya no se defiende. Más respeto.

LUIS.— ¿He dicho yo algo de tu padre? ¡No te amuela!

BADILA.— ¿Lo ves cómo lo mientas? Lo has mentado.

LUIS.— ¿Yo a tu padre? ¿De qué?

BADILA.— ¡A ver si estoy borracho! ¡Que lo diga el señor! *(Al AUTOR.)* ¿Verdad que lo ha mentado, jefe? A ver si es que estoy borracho o qué.

LUIS.— No lo he hecho, Badila, pero a ver, supongamos. ¿Y qué pasa? *(Vuelve a cogerlo por el cuello.)* ¿Qué pasa, te digo yo puestos a eso?

BADILA.— ¡Eh, Luis, que te la juegas; que a mí no me mienta nadie a la familia! *(Nervioso, pálido.)* Que saco el churi y te doy una mojada que te avío. No me busques las vueltas, que te avío.

LUIS.— Lástima me das. ¡Lástima y asco! *(Lo lleva hasta la puerta y lo echa afuera sin ninguna consideración. El BADILA, allí, protesta sin atreverse a entrar de nuevo.)*

BADILA.— ¡Abusas porque puedes, cara de catre! ¡Por no fiarme medio litro cómo te pones! ¡Algún día me la pagas, chusquero, sinvergüenza! ¡Ladrón de los pobres, que vendes por Valdepeñas el Canalillo, ladronazo! ¡Que estás secando el Manzanares, so canalla! ¡Que vendes la pañí a siete el litro, caradura! *(Según insultaba, ha ido retirándose prudentemente, de espaldas, y nada más salir de escena, se oye que grita.)*
¡Ay! ¡Ay!

AUTOR.— ¿Qué le ha pasado?

LUIS.— *(Desde la puerta, ríe.)* Se ha caído en la zanja esa de lo de la obra, el mamonazo. *(Se retuerce de risa.)* ¡Ay, qué tío! ¡Se ha caído en la zanja y no puede salir, el tuercebotas ese!

BADILA.— (*Grita, dentro.*) ¡Socorro, hijos de puta! ¡Sacadme de aquí, cabrones!

AUTOR.— Voy a ayudarle, a ver...

LUIS.— No, hombre. Déjelo que la duerma ahí dentro. Lo más que puede haber ahí es algún zurullo, pero él ni se entera. Ya verá como se queda dormido tan a gusto.

AUTOR.— Con tal de que no se haya roto una pierna.

LUIS.— Qué va, hombre. Chillaría de otro modo, ¿no me comprende?

BADILA.— (*Sigue gritando.*) ¡Auxilio, cabronazos! ¡Rojos de mierda, cuando salga os fusilo! ¡A mí, la Legión! (*El AUTOR desiste de salir.*)

AUTOR.— ¿Qué ha sido el Badila? ¿Legionario?

LUIS.— Por lo visto, pero cualquiera sabe. Pues anda éste. (*Por alguien que viene.*)

AUTOR.— (*Sin mirar hacia fuera.*) ¿Quién es?

LUIS.— El Caco.

AUTOR.— (*Ahora se asoma.*) Qué borrachera llevaba ayer.

LUIS.— Ahora viene directo del curro, y va sereno. A ver a la noche.

AUTOR.— ¿Dónde trabaja?

LUIS.— En la trapería de ahí a la vuelta.

AUTOR.— ¿No era albañil en lo de Banús?

LUIS.— Pero lo pusieron a jornal y se mosqueó el muchacho. (*Entra el CACO. Es delgadito, de pronunciados pómulos y ojos saltones.*)

CACO.— (*Correcto.*) Buenas.

AUTOR.— Muy buenas.

LUIS.— (*A guisa de saludo.*) ¿Lo de siempre, Caco?

CACO.— Vale. Pero dámelo en seguida, por favor, que voy a merendar. (*Se sienta y saca un tomate del bolsillo. Lo parte con una navajita. LUIS le sirve un litro de vino. La botella tiene un tapón horadado con una cañita. El CACO le quita el tapón y se bebe media botella de un trago, voluptuosamente. Se seca la barbilla con la mano. Se explica.*) Venía seco; pero seco. (*LUIS pone la radio. El AUTOR se ha levantado.*)

LUIS.— ¿Se va ya?

AUTOR.— Sí. Volveré a salir luego, al final de la obra. Que ustedes lo pasen bien... El prólogo ha terminado. Oscuro y música, Ramírez, por favor. (*En lugar de «Ramírez», se dirá el nombre real del regidor. La música de la radio sube y se va haciendo el oscuro. Cuando ya es total, se hace luz sobre una gran pizarra en la que se lee:*)

PARTE PRIMERA

En la que Rogelio, el estañador, vuelve a su barrio para asistir al entierro de su madre

Es el mismo decorado –y lo será para el resto de la obra.

(El CACO está bebiendo, ahora con la caña puesta en la botella. LUIS lee el Ya. Suena, en la radio, una marcha militar alemana. Llega, dando bandazos por la explanada, ROGELIO el estañador. Es rubiajo, delgado, fuerte. Apunta hacia la puerta de la taberna y, después de varios intentos, consigue entrar.)

ROGELIO.– *(Se agarra a una jamba y trata de enfocar a LUIS entornando los ojos.)* ¿Dónde vas, eh? Quieta, quieta, taberna. Tú, Luis, ¿qué es esto? ¿Una taberna o una fortaleza volante?

LUIS.– ¡Cómo vienes, muchacho! ¡Qué tajada!

ROGELIO.– Silencio, que estamos volando a gran altura.

LUIS.– *(Se lamenta amargamente.)* Qué suerte la mía. *(Apaga la radio.)*

ROGELIO.– Ya aterrizamos.

LUIS.– *(Fastidiado.)* ¿No te digo?

ROGELIO.– ¡Coge la pista bien, Luis! Sin desviarte.

LUIS.– ¡No te jode, lo que hay que aguantar! Ay, madre.

ROGELIO.– Así... Bárbaro, Luis... Frena, frena, que nos la pegamos si no contra la tapia. Frenando, que nos damos la hostia. Así... Ya vale... Eres un piloto de miedo. Espera que ahora voy. *(Se suelta de la jamba y da un bandazo sobre la mesa del CACO, que se asusta.)*

CACO.– ¡Eh, tú! Que casi me tiras el vino, ¡no te jode!

ROGELIO.— Usted perdone la molestia. (*De un embite consigue acomodarse en el mostrador.*) Luisito, chato, ¿qué me cuentas? Yo, ya ves. Por aquí.

LUIS.— Si estás loco, a mi qué.

ROGELIO.— Hombre, que vengo un poco mareado.

LUIS.— Estás de aquí, muchacho. (*Por la cabeza.*)

ROGELIO.— ¿Majara yo? ¿Por qué lo dices?

LUIS.— No estás para entenderme ahora. Déjalo.

ROGELIO.— Ahí va, tu mea..., dame una copa de suave, anda.

LUIS.— Te la pongo si quieres, pero no me hago responsable.

ROGELIO.— Achanta la muy y trabaja. (*Rie.*) No te enfades. (*LUIS le sirve anís.*)

Vengo de coñac, pero me pega de miedosa bebida. A ver ese suave.

LUIS.— Ten cabeza, Rogelio, ten cabeza.

ROGELIO.— Tú déjame a mí, que yo me sé muy bien mi rollo. Métete en tus cositas.

LUIS.— Qué burro eres. La culpa la tengo yo por darte conversación. (*Muy serio.*)

ROGELIO.— ¡Anda mi madre! ¿Ya te has enfadado?

LUIS.— ¿Yo? (*Se encoge de hombros.*)

ROGELIO.— A ver si no quién. Será tu tía.

LUIS.— Yo, desde luego, no.

ROGELIO.— Entonces seré yo, no te fastidia.

LUIS.— Claro que has sido tú.

ROGELIO.— Anda mi madre. Ahora resulta que he sido yo el que empieza. No, si cuando yo digo que el mundo está como una cabra...

LUIS.— ¿Quién has dicho que está como una cabra?

ROGELIO.— El mundo he dicho, y a ti no te miraba.

LUIS.— Ah, por eso, por eso.

ROGELIO.— Pues no te mosqueas poco tú, muchacho.

LUIS.— Oye, Rojo, ¿te quieres quedar conmigo o qué?

ROGELIO.— ¿Yo? A mí que me registren.

LUIS.— ¡Entonces! Tengamos la fiesta en paz, Rogelio.

ROGELIO.— Anda, mi madre; la fiesta o no la fiesta. ¿Qué te pasa?

LUIS.— Ya sabes que conmigo, no. Que no, vamos, que no.

ROGELIO.— ¡No lo sabía! (*Provocativo.*) Sal de ahí a contármelo, anda, si es que te atreves.

LUIS.— (*Lo mira furioso, pero desiste.*) ¡Bueno! El idiota soy yo, que te hago caso. Estás como una cuba; y no tienes vergüenza.

ROGELIO.— ¿Malagueño yo? ¿Qué yo estoy malagueño? ¿Por qué lo dices?

LUIS.— A ver si no, la muestra.

ROGELIO.— (*Pacífico otra vez, da con la copa vacía en el mostrador.*)

Anda, dame otro golpe y déjate de rollos, que parece hasta mentira, hombre. ¡Hasta mentira me parece!

LUIS.— (*Apaciguado.*) ¿Qué quieres ahora?, di.

ROGELIO.— De lo mismo, si me haces el favor.

LUIS.— A ver adónde acabas con el suave. (*Sirviéndole la copa.*)

ROGELIO.— Y ponle al Caco lo que quiera, que es un amigo, a fin de cuentas.

(*El CACO, al oírlo, apura rápidamente lo que le queda en la botella y se levanta para dejarla en el mostrador.*)

LUIS.— ¿Qué quieres tú?, que te convidan.

CACO.— Pues me pones un chato de lo mío.

ROGELIO.— Ponle un cuartillo, anda.

CACO.— No, hombre, un chato, un chato, que me basta.

ROGELIO.— Ponle un cuartillo, Luis; no se hable más de eso.

CACO.— Gracias, Rojo. Se te agradece. Y se te acompaña en el sentimiento, hombre. (*Un silencio. LUIS mira a ROGELIO, esperando una reacción.*)

ROGELIO.— (*Al fin.*) Gracias, chaval. (*Silencio.*)

LUIS.— Lo mismo digo, Rojo.

ROGELIO.— Gracias, gracias. (*Pausa.*)

LUIS.— Así que vienes al entierro.

ROGELIO.— Claro. A ver si no a qué voy a venir. (*Silencio.*)

LUIS.— Yo no sabía si lo sabías tú —como que estabas fuera...—, y además, como has entrado así, no me atrevía ni a decirte nada.

ROGELIO.— Me llamó mi tío Machuna por teléfono anoche, que eran las tantas.

LUIS.— ¿Vives en Madrid ahora? Bueno, no es que a mí me importe; entiéndeme.

ROGELIO.— ¿En Madrid yo? A ver si te crees que me falta algo de aquí. (*Por la cabeza.*) ¡En Madrid voy a estar! Qué listo eres.

LUIS.— O sea, que te siguen buscando.

ROGELIO.— Hombre, yo supongo.

LUIS.— ¿Y no es una imprudencia?

ROGELIO.— ¿El qué?

LUIS.— El venir.

ROGELIO.— Es mi madre, Luisito. A ver qué haces.

LUIS.— ¿La has visto ya a tu pobre madre?

ROGELIO.— Todavía no. Me he entretenido.

LUIS.— A ver si no llegas.

ROGELIO.— Es a las cinco.

LUIS.— Pues ya ha bajado el coche.

ROGELIO.— No creo.

LUIS.— (*Se reafirma.*) Además hace un rato; lo que yo te diga. A ver si es que el entierro se celebra a las cuatro y media.

ROGELIO.— Mi tío Machuna me lo dijo bien claro, que a las cinco.

LUIS.— Pues ya ha bajado el coche, vamos, la carroza. Seguro que es a las cuatro y media, Rojo; entérate.

ROGELIO.— Que no es posible, hombre, que no es posible.

LUIS.— ¿Por qué no va a ser posible?

ROGELIO.— Me lo hubiera dicho mi tío el Machuna; no sé qué interés iba a tener en decirme una cosa por otra. ¿No te parece?

LUIS.— A lo mejor se equivocó, qué quieres.

ROGELIO.— No creo, ya te digo.

LUIS.— (*Tozudo.*) Lo más fácil, eso, que se equivocara.

ROGELIO.— (*De pronto, harto.*) Bueno, ¿y a ti qué te importa? Es lo que me digo yo.

LUIS.— ¿Que qué me importa? Anda y muérete, ¿no te fastidia? ¡Que qué me importa! Pues a mí nada.

ROGELIO.— ¡Entonces! Me hace gracia a mi la gente metiéndose en lo que no le importa; qué manía.

LUIS.— Te debería dar vergüenza; pero vergüenza. Eso es lo que debería darte, digo yo.

ROGELIO.— Tú eres tabernero, ¿no? Pues tabernero. (*Trata de encender un cigarrillo, pero le tiembla el pulso.*) Ponme otra copa, anda, y no mires tanto, que se te va a cansar la vista.

LUIS.— Te debería de dar vergüenza; por lo menos a mí me daba en un caso como el que tú.

ROGELIO.— ¿Vergüenza el qué?

LUIS.— ¿Cómo que el qué? Emborracharte así, con tu madre de cuerpo presente. ¡Eso! (*Desafiante.*) ¿Qué pasa? Sí, ¿qué pasa?

ROGELIO.— (*Como si le hubieran dado un latigazo.*) ¿Eh? ¿Qué dices? Pero ¿qué dices? ¿Por qué te metes tú?

LUIS.— Lo que has oído. Con tu madre de cuerpo presente, a mí se me caía la cara; y vale. (ROGELIO *da un alarido, como una fiera, y se echa a llorar. Se tira al suelo, se revuelca, llorando, chilla: «¡Ay! ¡Ay!».* LUIS *trata de sujetarlo.*) Venga, Caco, ayúdame, que le está dando un ataque. Mi madre, la que está armando el gilipollas este. (El CACO, *al tratar de ayudar, se cae él también.*) Venga, Caco, no hagas el payaso ahora y ayúdame a sentarlo en esa silla.

ROGELIO.— ¡Ay! ¡Ay!

CACO.— Payaso encima, y me ha pegado un rodillazo aquí en mis partes.

LUIS.— ¿Ayudas o no ayudas?

CACO.— (*Trata de levantarse y no lo consigue.*) Es que se me va la cabeza. (*Entra PACO EL DE LA SANGRE.*)

PACO.— ¡Ahí va! Pero ¿qué pasa aquí?

LUIS.— Al Rogelio, mira, que le ha dado un patatús. (ROGELIO *está ahora como muerto.*) Ayúdame a sacarlo ahí a la calle.

PACO.— Pero ¿a éste no lo andaban buscando? Si decían que estaba en Portugal.

LUIS.— (*No le contesta.*) Ayúdame a sacarlo a la calle, anda.

PACO.— ¡Qué dices! Se va a abrasar ahí fuera con lo que está cayendo. Mejor aquí a la sombra. (*El CACO ya se ha levantado.*)

CACO.— Me cago en la mar.

LUIS.— ¿Qué pasa ahora?

CACO.— (*Mirando a la calle.*) Queo, los jundunares.

LUIS.— ¡Adiós! La hemos hecho buena.

PACO.— ¿Por dónde vienen?

CACO.— Por allí. (*Señala al patio. En efecto, en la puerta del pasillo central ha aparecido LA PAREJA DE LA GUARDIA CIVIL.*)

LUIS.— Si lo detienen aquí, se me ha caído el pelo. Me cierran el establecimiento. ¡Maldita sea!

PACO.— Hombre, eso tampoco. Tú no tienes la culpa.

LUIS.— Por no denunciarlo. ¡Qué dices tú! Por no denunciarlo, gilipollas.

PACO.— Eso también es verdad, mecachis.

LUIS.— Seguro que vienen a buscarlo por si aparecía en el entierro de su madre.

PACO.— Seguro, ahora que lo dices. Además, eso salía en una película que vi el jueves.

LUIS.— Se han parado allí, ¿no?

PACO.— (*Asiente.*) Están hablando con el conserje del Grupo Escolar y con Juanito el de las Sepulturas.

LUIS.— Paco, tú eres mi amigo.

PACO.— No lo dudes.

LUIS.— Cógelo de los pies, anda, hazme el favor, majo.

PACO.— (*Lo hace.*) ¿Qué más?

LUIS.— (*Lo ha cogido de las axilas.*) Vamos a meterlo en el retrete.

PACO.— Y si a un guardia le da por mear, ¿qué?

LUIS.— Que está ocupado.

PACO.— Pero no se puede cerrar por fuera.

LUIS.— Se lo digo en cuanto haga ademán.

PACO.— También podía meterse el Caco con él y cerrarse por dentro.

CACO.— ¿Yo? Amos anda.

LUIS.— Con un cuartillo, y te lo bebas ahí tranquilamente. ¿Eh, tú?

CACO.— A ver el cuartillo, que luego mucho hablar.

PACO.— Deprisa, que parece que se despiden.

LUIS.— Lo primero, meterlo. (*Lo hacen. La puertecilla con la indicación «WC» puede estar al fondo. Salen y LUIS va al mostrador a servir medio litro en una botella.*)

PACO.— Venga, date prisa.

LUIS.— Ya voy. Te encierras, ¿eh, Caquito?

CACO.— Bueno, pero a base de que se vayan pronto. No me voy a estar ahí toda la tarde con los olores que salen. Lo que tarde en bebérmelo, y me salgo.

LUIS.— Se marchan en seguida. ¿No ves que van de servicio?

CACO.— (*Insiste.*) Lo que tarde en bebérmelo.

LUIS.— Ya sé lo que tú quieres. (*Le llena la botella.*) ¿Vale?

CACO.— Vale. (*En ese momento entra LA PAREJA.*)

GUARDIA 1.— Buenas.

TODOS.— Buenas.

GUARDIA 2.— Buenas.

LUIS.— (*Que está muy nervioso.*) Buenas tardes. Qué calor, ¿eh señores?

Se asan los pájaros en las ramas, como dicen.

GUARDIA 1.— (*Parco, sudando.*) Es el tiempo.

GUARDIA 2.— Pero aquí se respira un poco.

LUIS.— En seguida les pongo unos botellines. ¿Vale?

GUARDIA 1.– Vale. (*Luis golpea el mostrador con la botella de vino, llamando la atención del CACO, que acude.*)

CACO.– (*Tiene que pasar al lado de un GUARDIA.*) Muy buenas.

GUARDIA 1.– (*Mal encarado.*) ¿Eh?

CACO.– (*Correctísimo y nervioso.*) Nada, que buenas tardes.

GUARDIA 2.– ¿Vienen esos botellines?

LUIS.– Eso ya está hecho. (*Los abre.*) Servidos los señores; creo que está fresca.

CACO.– (*A Luis.*) ¿Puedo pasar al váter?

LUIS.– Pasa, hombre, pasa. (*El CACO, disimulando, ha cogido la botella, y entra en el retrete.*)

GUARDIA 1.– ¿Has visto?

GUARDIA 2.– ¿Qué?

GUARDIA 1.– Que el tío se va al retrete con la bebida.

GUARDIA 2.– Le gustará jarrearle mientras. (*Bebe.*) ¿Quién es?

GUARDIA 1.– El Caco le llaman. Hace ya que vive en el barrio.

GUARDIA 2.– ¿Chorizo?

GUARDIA 1.– ¡Qué va! Le gusta el alpiste, pero sin perturbar el orden. Vive ahí donde las chabolas, en la parte de abajo, por el Abroñigal.

GUARDIA 2.– Ese nombre de Caco es de chorizo.

GUARDIA 1.– Pues no; es de una vez –según tengo escuchado– que lo acusaron en la obra de llevarse un paletín o no se qué de otro, y luego se vio que no; pero se quedó con el mote.

GUARDIA 2.– ¿Ves cómo hay algo?

GUARDIA 1.– ¡Hombre! Si a eso le llamas algo... (*Se oye ruido en el WC.*)

GUARDIA 2.– ¿Qué pasa ahí?

GUARDIA 1.– Yo no he oído nada.

LUIS.– (*Asustado.*) ¿Te pasa algo, Caco?

CACO.– (*Dentro.*) No, nada, que...

LUIS.– (*Le interrumpe.*) Bueno, bueno. Perdona (*Sonríe a los GUARDIAS.*) ¡Qué buen chico que es! No tiene más defecto que el vino, pero es verdad que no se mete con nadie. (*Silencio.*)

PACO.– (*Por hacer conversación.*) Ustedes siempre de servicio, ¿no? (*El GUARDIA 1 da un bufido, que quiere ser cortés. Ambos beben sus botellines.*)

GUARDIA 2.– No está muy fría.

GUARDIA 1.– No.

PACO.— Y con ese uniforme, ¿eh?, que debe de pesar lo suyo. Y luego el corraje. Claro, el servicio antes que todo; es lo que yo me digo cuando los veo; pero hay que tener vocación, ¿no es verdad, tú? (A LUIS.)

LUIS.— (*Adulador.*) ¡Hombre! Figúrate si no; y con la cantidad de mangantes que hay sueltos por ahí. (A los GUARDIAS.) ¿Verdad? Porque además es peligroso, con tanto asesino y tanto loco.

GUARDIA 1.— Pché.

LUIS.— Pero el servicio es el servicio, o sea, que lo primero es el servicio.

GUARDIA 2.— (*Impermeable a la adulación.*) ¿Más fríos no los tienes?

LUIS.— ¿Estaban mal éstos? (*Compungido.*)

GUARDIA 2.— Así, así. (*Condescendiente.*)

LUIS.— (*Con enfado justificado.*) El tío del hielo, que me falla en cuanto vienen estos días, pero yo procuro lo más que puedo. A ver si éstos están mejor.

GUARDIA 1.— (*Desaprobador.*) ¿Del Mahou?

LUIS.— (*Ante la evidencia.*) Sí.

GUARDIA 1.— ¿Aguila no tienes?

LUIS.— (*Desolado.*) No.

GUARDIA 1.— (*Ofreciendo una salida.*) O Export.

LUIS.— (*Culpable, perdido.*) Tampoco.

GUARDIA 2.— (*Solucionador, benigno.*) Bueno, venga del Mahou. (LUIS se los sirve. Ellos los beben con voluptuosidad.)

PACO.— Ponme a mí una botella, Luis, que me están dando envidia aquí los señores. Además que estoy seco; entre lo que se suda y que me he sacado la sangre esta mañana, se deshidrata uno.

LUIS.— Pero ¿no te la sacaste el jueves pasado, que fuiste al Hospital General? Te vas a desangrar, Paco, si sigues con tantas extracciones.

PACO.— Qué va. ¡Pues no produzco yo poca! ¡Mucha más de la necesaria! ¿Desangrarme yo? ¡Pues no es difícil!

LUIS.— ¿Qué te vienes a sacar tú al mes de sangre?

PACO.— Hombre, unos con otros, echando mano de todas las tarjetas que tengo de donante, los mil doscientos centímetros cúbicos, o así.

LUIS.— Qué bárbaro.

PACO.— Y Macaria, mi mujer, otro tanto, no creas, y que la suya es de primera o universal, que se llama: grupo cero, o sea, que no tiene RH.

LUIS.— Así está de amarilla, con perdón.

PACO.— (*Un poco ofendido.*) Hombre, no sé.

LUIS.— Dicho sea sin ánimo de ofender.

PACO.— No, si yo también se lo digo, que se aguante un poco; que con lo que yo me saco y cuatrocientos centímetros de vez en cuando que se saque ella, para tapar agujeros, más lo que se saca mi hijo el ciego...

LUIS.— ¿También de sangre?

PACO.— (*Ríe.*) ¡No, hombre! Con la venta de los cupones... Pues que podemos ir tirando a gusto; pero es que a ella, si no se la sacan, le da lo que ella dice angustia y se pone que no hay quien la aguante; claro, se conoce que tiene mucha producción, y es como las sangrías que se hacían antiguamente; que sale la sangre y disminuye la molestia; pero además también hay un poco de avaricia, en el buen sentido, porque es que se la pagan muy bien; que es lo que ella dice: chico —me dice a mí—, yo no sé lo que tendrán mis sangres que todos las quieren; me figuro yo que deben de ser dulces... (*Ríe.*) ¡Cosa de la Macaria! El problema mío, desde hace algún tiempo, es la coagulación, que me falla.

LUIS.— ¿Cómo la coagulación?

PACO.— Que no coagula.

LUIS.— Ah.

PACO.— Vamos, que tengo hemorragia, se conoce que de la fuerza misma de la sangre, y mira, por ejemplo, ahora, ya ves, desde esta mañana que me la han sacado, todavía me sale una gotita aquí, ¿lo ves?, aquí en la vena. (*Se descubre una venda manchada de sangre.*) Es que hoy me la han extraído de esta vena tan gorda que parece que va a reventar, ¿no ves?

GUARDIA 2.— (*Con muy poca voz, a su compañero.*) Oye.

GUARDIA 1.— Qué.

GUARDIA 2.— ¿Nos vamos?

GUARDIA 1.— ¿Qué te pasa?

GUARDIA 2.— Nada. El calor.

GUARDIA 1.— Estás blanco como la pared. ¿Te sientes mal?

GUARDIA 2.— Es el calor. ¿Nos vamos? (*Tratando de levantarse.*)

GUARDIA 1.— Me tomo el botellín.

GUARDIA 2.— ¿Nos vamos? Hale, Ruperto, vámonos. (*Con prisa.*)

GUARDIA 1.— Está bien. Pero disimula, que vas de uniforme. (*Bebe y se levanta. Sin hacer ademán alguno de pagar.*) ¿Qué te debemos?

LUIS.— Nada, señores. Es invitación de la casa.

GUARDIA 1.— (*Al compañero.*) Hala, vamos. (*El GUARDIA 2 se levanta, por fin, marcial.*)

GUARDIA 2.— Buenas tardes, señores.

LUIS.— Ustedes lo pasen bien.

PACO.— Adiós, muy buenas. (*Los GUARDIAS CIVILES salen. Pueden hacerlo por el patio de butacas. Pausa de alivio.*) A ver el Caco, que abra. Es capaz de caerse dentro del retrete.

LUIS.— Espera un momento; no sea que vuelvan.

PACO.— Lo peor sería lo que yo me sé.

LUIS.— No me asustes.

PACO.— Imagínate si se te muere Rogelio en el establecimiento.

LUIS.— No seas cenizo.

PACO.— Hombre, lo digo porque cuando lo hemos metido ahí estaba inanimado.

LUIS.— ¡Inanimado! ¿Quién lo ha dicho?

PACO.— Yo, que lo he visto.

LUIS.— Tenía un mareillo de nada, hombre, de la impresión. Se conoce que se venía aguantando el hombre y le ha dado eso.

PACO.— Hombre, en estado comatoso yo tampoco digo; pero no sé. (*Empiezan a oírse fuertes golpes en la puerta.*) Ése es el Caco, que se ha vuelto loco... ¿Qué ocurre, Caco? ¡Ya podéis salir, venga! (*Pero es la voz de ROGELIO lo que se oye.*)

ROGELIO.— (*Dentro.*) ¡Abrid o mato al Caco, maricones!

CACO.— (*Dentro.*) ¡Que es por tu bien, Rogelio! ¡Cállate!

ROGELIO.— ¡Te mato!

CACO.— ¡Luego te explico!

ROGELIO.— ¡Déjame salir! ¡Luis! ¿Qué haces que no acudes? ¡Que el tío este se está aprovechando de mi debilidad! ¡Ay! ¡Respétame, canalla, bujarrón! ¡Qué oscuro está esto! ¿Dónde estoy? ¿Eres el Caco en persona o el Demonio? ¿Estoy en el barrio de San Pascual o en el infierno?

LUIS.— (*Golpe.*) ¡Ábrele, Caco, que ya ha pasado todo! ¡Ábrele, Caco, que no está en condiciones! (*Grita.*) ¡Que le abras, Caco! ¡Que le abras!

PACO.— No te oye. Ya sabes que es un poco tardo del oído.

CACO.— (*Dentro.*) ¿Qué?

PACO.— Aprovecha ahora, que está a la escucha.

LUIS.— ¡Que ya podéis salir! ¡Que abras! (*Se abre la puerta y el CACO sale despedido a la habitación de un empellón que le da ROGELIO, el cual sale hecho una furia, gritando.*)

ROGELIO.— ¿Qué hora es? ¿Qué hora es?

LUIS.— Escucha, Rojo, ha estado la pareja y se han ido para esa parte. No bajes, que te trincan. Escóndete lo antes posible, y cuanto más lejos, mejor. Para empezar, aligúerate de aquí ahora mismo, rápido.

ROGELIO.— ¿A Guadalajara? ¿A Guadalajara yo? (*Como si lo hubieran ofendido gravemente.*) Tú estás soñando.

LUIS.— A mí allá penas cuidados, Guadalajara o donde sea; el caso es que te des el lique cuanto antes.

ROGELIO.— (*Da unos pasos y derrota hacia el mostrador; se da un golpe mortal. Se agarra al mostrador y se pregunta por su esencia.*) ¿Qué es esto?

CACO.— (*Que acaba de beberse la botella.*) Jolín, qué golpe. Por poco rompes el mostrador con la cadera. (ROGELIO queda acodado en él y ahora llora silenciosamente. Silencio.)

ROGELIO.— (*Al fin.*) Estoy borracho. (*Pausa. Los tres lo miran compungidos, respetuosos.*)

PACO.— (*Al fin se atreve a decir algo.*) Hombre, Rogelio, no te pongas así.

ROGELIO.— (*Triste.*) Si es que lo estoy.

PACO.— A cualquiera le pasa.

ROGELIO.— Qué mierda tengo, madre mía. Y en un día tan señalado. Precisamente hoy, qué pena, en este día.

PACO.— (*Comprensivo.*) Hombre, claro, hoy es distinto, ¡claro!

ROGELIO.— Toda la noche haciendo el burro, y lo que pasa... Pues...

PACO.— (*Termina la frase, cortésmente.*)... y ya se sabe, sí.

ROGELIO.— En Guadalajara, que es cuando me dieron la noticia (que me llamó mi tío el Machuna), ya me había tomado varios botellines, en la ignorancia, y estaba a medios pelos.

PACO.— (*Incongruente.*) Es natural. Un viernes...

ROGELIO.— (*Incomprensivo.*) Qué viernes ni qué porras. El caso es que me había tomado unos botellines, porque me apetecía. No te fastidia con el viernes...

PACO.— (*Impávido.*) ¡Hombre, claro, perdona! Cada uno es dueño de su cuerpo, el viernes como el martes, y quien dice el martes dice cualquier día de la semana.

ROGELIO.— (*No traga.*) Pero aparte de eso.

PACO.— (*Conciliador a toda costa.*) ¡Claro! ¡Aparte de eso, dices tú lo tuyo! ¿No? ¿Es eso lo que quieres decir?

ROGELIO.— (*Vencido, pacífico a la fuerza.*) Exactamente. (*A LUIS.*) Dame otro golpe, Luis. ¿Qué iba diciendo?

PACO.— Que te habías tomado varios botellines. (*A LUIS.*) ¿No decía eso, tú?

LUIS.— No sé.

ROGELIO.— Qué groserías tienes, también tú.

LUIS.— ¿Groserías de qué?

ROGELIO.— Hombre, ¡a ver si no! Que te estoy hablando y no me escuchas.

LUIS.— Sí que te escucho, hombre.

ROGELIO.— Pero no te recuerdas.

LUIS.— Ni tú tampoco.

ROGELIO.— Pero yo estoy con la trompa. Es una diferencia.

PACO.— El caso es que te habías tomado unas cervezas.

ROGELIO.— (*Ofendido por la incomprensión.*) ¿Cerveza de qué?

PACO.— O de vino, o de lo que fuera: botellines; y que te telefona el Machuna con la noticia de la defunción de tu santa madre.

ROGELIO.— Mal rayo le parta al Machuna de las pelotas. Ojala que se hubiera quedado mudo.

PACO.— ¿Y qué iba a hacer el hombre? Si sabía tu paradero, pues llamarte, a ver. Una mala noticia o se da o no se da.

ROGELIO.— El caso es que yo, al saber la desgracia, me quedo como tonto y no reacciono.

PACO.— Es natural. Madre no hay más que una.

ROGELIO.— (*Como aclarando definitivamente la cuestión.*) Todo esto en Brihuega.

PACO.— Ah, yo creía en Guadalajara capital.

ROGELIO.— Pues no. En Brihuega.

PACO.— (*Como si eso cambiara mucho la cosa.*) Joder. ¿Y entonces?

ROGELIO.— Entonces, cuelgo.

PACO.— Hombre, claro.

ROGELIO.— No, «claro» no. ¡Cuelgo correctamente!

PACO.— Sí, hombre, cuelgas como es debido. Se supone. ¡Cómo estás! Luis, danos de beber.

LUIS.— Para ti lo que quieras.

ROGELIO.— ¿Y yo qué? ¿Yo soy de paloluz?

LUIS.— Por tres razones.

ROGELIO.— ¡Hombre! A ver por qué tres razones soy yo de paloluz.

LUIS.— De paloluz, nada. Digo que tengo tres razones para no servirte, a ver si me entiendes.

ROGELIO.— Un momento.

LUIS.— Qué.

ROGELIO.— Que te escucho con una de suave en esta mano, o no te escucho.

LUIS.— Pero la última; delante de hombres. (*Por CACO y PACO.*)

ROGELIO.— La penúltima.

LUIS.— Vale. (*Le sirve.*)

ROGELIO.— Ahora dime ese rollo.

LUIS.— Porque una de dos...

ROGELIO.— ¿No decías que tres? A ver si te aclaras.

LUIS.— (*Confuso.*) ¡Las que sean!

ROGELIO.— (*Paciente.*) A ver, explícate; que yo te escucho.

LUIS.— O sea, que aquí no tienes por qué estar, y no es que yo lo diga; es decir, que o te vas al entierro, y si te trincan, allá tú, pero cumples con tu deber de hijo y quedas como un hombre, o te najas a Arganda o donde hayas dicho, que a mí no me importa, y te evitas mientras puedas el trago de Carabanchel. Y además que quedándote aquí me complicas a mí la vida..., (*Triunfal.*) que es la tercera.

ROGELIO.— (*A PACO, como diciéndole: éste es tonto.*) Eso: a Arganda.

PACO.— (*A LUIS.*) Brihuega, hombre, Brihuega. (*Con dulzura.*) Claro que lo que yo quería era un botellín. ¿Te acuerdas que dije: danos de beber?

LUIS.— Perdona, Paco, hijo, pero es que este hombre me está volviendo tarumba. ¿Qué has dicho? ¿Un botellín?

PACO.— No sé, creo; vamos, creo que sí. Dale también al Caco.

LUIS.— ¿Una caña de vino, Caco?

CACO.— (*Sentado, inmóvil.*) Bueno.

LUIS.— (*A PACO, sirviendo la caña.*) Acércasela tú, hombre. (*PACO, gentil, la sirve a la mesa.*)

PACO.— Ahí tienes, Caco, a domicilio.

CACO.— No haberte molestado, hombre. Me hubiera levantado.

ROGELIO.— (*De pronto.*) Bueno, me voy. (*LUIS se agarra, rápido, a la decisión de ROGELIO.*)

LUIS.— Si te puedes coger un taxi, mejor; lo que yo te diga.

ROGELIO.— ¿Taxi para mi madre? Si está aquí al lado. ¡Ay, madre mía! ¡Soy un mal hijo, pero allá voy! ¡Ay, madre mía!

PACO.— Entonces, tómate un café doble solo, ahí en el Tulipán y te refrescas un poco en la fuente, anda.

CACO.— (*Escueto, interviene.*) Y te peinas, y quedas como nuevo.

ROGELIO.— No estoy en condiciones. Se me va la cabeza.

PACO.— O entra ahí (*Por el WC.*) y te metes los dedos, a ver si arrojas y te alivias.

CACO.— Yo que tú me metía un doble de cazalla para animarme.

LUIS.— Cállate, burro.

CACO.— O se alivia o se muere.

LUIS.— Qué animal.

ROGELIO.— No me atrevo a ir, con mi padre allí y todos los parientes. Además que no llevo ni una mala tela negra en el traje, como si no fuera mi madre, y me da no sé qué.

PACO.— Es un trago; también es verdad: un trago.

ROGELIO.— ¿Olerá a cera? Yo me supongo que olerá, y más con la calor.

PACO.— Seguro que sí huele. (*A ROGELIO le da una náusea.*)

ROGELIO.— Me da angustia el olor a cera, y más si hay flores, y más con toda esta calor. Mira que si devuelvo sobre mi santa madre; no quiero ni pensarlo.

PACO.— Hombre, eso ya sería un sacrilegio, a más de una cabronada.

ROGELIO.— (*Con remordimiento.*) ¿Por qué me pasaría a la cazalla, me cago en la mar? ¿Por qué me pasaría?

PACO.— ¿Cuándo? Porque desde luego no hay nada peor que la bebida blanca.

ROGELIO.— ¿Cómo que cuándo? Anoche, después de hablar con el Machuna que es lo que yo os contaba, y que no os enteráis. Colgar y pedir una cazalla todo fue uno; y luego otra.

PACO.— ... En vez de venirme embalado a casa de tu madre, vamos, en plan de hijo, que es lo que debe ser... Quieres decir eso, ¿a que sí, Rogelio? ¡No es que yo lo diga!

ROGELIO.— (*Ignora a PACO.*) El caso es que me lié y todavía no sé ni cómo he podido llegar hasta aquí; algo de un camionero y no sé qué de un accidente, ¡eso es! Que debe ser por lo que me duele aquí. (*Por el cuello; se lo descubre.*) Que no sé lo que es, pero me duele.

PACO.— Te has pegado un buen corte. ¿No habrá sido una navajada, tú? Porque es un corte limpio. A ver...

ROGELIO.— No creo. ¡El caso es que aquí estoy, como el primero!

PACO.— ¿Tú quieres que yo te lleve?

ROGELIO.— ¿Adónde?

PACO.— A casa de tu madre, que en paz descanse.

ROGELIO.— ¡El Rogelio va solo a casa de su madre! ¡No te amuela!

PACO.— ¡A ver si puedes! Por mí, mejor, figúrate. A ver si te crees tú que es un plato de gusto.

ROGELIO.— No sé por qué no voy a poder, so listo. *(Trata de ir hacia la puerta, pero se desvía y se pega un golpe contra la pared. Trata de rehacerse y se tambalea, resbala, cae. Paco va a ayudarle pero Luis, autoritario, le dice desde detrás del mostrador:)*

LUIS.— Déjalo. No te metas tú.

PACO.— Es por echarle una mano.

LUIS.— A ver si así aprende. Déjalo. *(ROGELIO sigue dándose golpes, cayendo y levantándose. Es una borrachera cósmica. LUIS está mirando por la ventana.)* Ahí va, mira.

PACO.— El qué.

LUIS.— La carroza, el entierro.

PACO.— Ése es el coche de respeto. Mira al Ciriaco, que parece que va llorando. ¿Qué hacemos?

LUIS.— Díselo a éste. *(PACO, decidido a cumplir su misión, se pone a gritar como una furia.)*

PACO.— ¡Rogelio, que se la llevan! ¡Rogelio, que se llevan a tu pobre madre! ¡Rogelio, pórtate, aunque sea en el último momento! ¡Que se marcha el cortejo fúnebre! ¡Que se marcha la manifestación de duelo! ¡Rogelio, hazte contigo! ¡Sal a la calle y únete al cortejo! ¡Cógete un taxi y a lo mejor te espabilas! ¡Dios mío, qué trompa tiene! ¡Qué trompa, madre mía! ¡Rogelio, haz por sacar fuerzas de flaqueza! ¡Haz de tripas corazón y anda derecho, que se va para siempre lo que más se quiere en el mundo, que es la madre! ¿Quién te limpiaba la cara, de chaval? ¿Quién te pegaba azotes en el culo? ¿A qué teta te agarrabas siendo tú un mamoncillo? ¡Ay, Rogelio, nunca se sabe lo que se pierde! ¡Dile el último adiós, aunque sea desde aquí, ya que no puedes ir más lejos por tu mala cabeza! *(ROGELIO, de pronto, se dispara como una tromba hacia la puerta.)* ¡Ay, que se mata! *(Pero no. Acierta y sale. Ya en la explanada, grita como un loco:)*

ROGELIO.— ¡Taxi! ¡Taxi! ¡Taxi! ¡Taxi! *(Y desaparece gritando. LUIS, aliviado, silba.)*

PACO.— Lo va a atropellar un coche.

LUIS.— (*Ríe.*) Pobre coche. Como le dé con la cabeza, lo avía.

PACO.— (*Un poco fastidiado.*) José, tú te ríes de todo.

LUIS.— ¿Y qué vas a hacer, hombre, si es la vida?

PACO.— La vida o no la vida a mí me impresiona, es decir, que hay cosas que, si me apuras, casi te dan miedo. Joder, a mí que me echen vampiros o fantasmas, pero hay cosas de la vida que no lo puedo remediar: me asustan. Es como un respeto o algo así.

LUIS.— Hombre, para ti un vampiro debe de ser como un chiste, con lo que a ti te gusta mover la sangre y todo ese comercio.

PACO.— Tú ríete.

LUIS.— Si no me río.

PACO.— Pero el otro día la Macaria casi se me muere.

LUIS.— ¿De qué?

PACO.— Del susto.

LUIS.— ¿Y eso?

PACO.— (*Se ríe recordándolo.*) Pues que cacé un murciélago al anochecer cuando iba para la chabola, y voy y se lo meto en la cama sin que ella se diera cuenta, claro. Imagínate tú la que se armó; ya sabes lo que son las mujeres.

LUIS.— (*Interesado.*) ¿Y cuándo lo descubrió? ¿Al acostarse?

PACO.— Claro, al levantar la sábana.

LUIS.— Y seguro que estaría en camisón, dicho sea con tu permiso. Me imagino la escena... En el buen sentido; a ver si me entiendes.

PACO.— Ni camisón ni nada —hombre, estamos hablando entre amigos, ¿no?—, pues nada, ni camisón ni nada, con la calor que hace. Así que imagínate a la Macaria —estamos entre amigos, ¿no?— en esa forma y dando voces de «¡Es un vampiro! ¡Es un vampiro!», y tapándose con la sábana, que el fantasma parecía ella, y yo riéndome y diciéndole: quítate eso, chica, que pareces la hija de Drácula, más inhumana y cruel que su padre.
(*Ríe.*)

LUIS.— (*Ríe.*) ¿Y cómo acabó la cosa?

PACO.— (*Complacido de la pregunta, hace una transición.*) Hombre, eso ya son palabras mayores.

LUIS.— (*Cómplice.*) ¡Ah! ¿Hubo dale que te pego?

PACO.— La vampiricé a modo.

LUIS.— (*Púdico, pregunta por otra cosa.*) ¿Y el murciélago?

PACO.— ¡Yo qué sé, macho! Se iría. Venga, dame otro botellín.

LUIS.— ¿Es que yo no bebo?

PACO.— ¡Anda que no tienes cara!

LUIS.— Es por hacerte gasto.

PACO.— Tengo menos dinero que Tarzán bañándose.

LUIS.— ¿Ya estás llorando?

PACO.— Está subiendo todo que no veas, y la sangre, a precio fijo, ochocientas cincuenta; y aunque compenses algo sacándote un poco más, no es solución porque, quieras o no quieras, tienes un desgaste, y si te quitas un año de vida, pues es un año.

LUIS.— (*Ha servido a PACO y se ha servido él, sin hacer caso. Ahora bebe.*) Estoy bebiendo a tu salud, ¿te enteras?

PACO.— A mí, allá penas cuidaos. Me lo apuntas en la barra del hielo. Dale también a ése... (*Por el CACO.*) de mis partes.

LUIS.— Puesto. (*Lo pone. Ruido de una motocicleta que entra en escena. La conduce JUANITO EL CARBURO, que se baja y deja la moto junto a la puerta. Lleva un gran casco rojo y negro, enormes gafas, guantes muy aparatosos con manoplas y un transistor funcionando a gran volumen. Parece un cosmonauta. Entra en la taberna sin quitarse nada. En el transistor, música yeyé.*)

CARBURO.— Buenas. (*Nadie lo ha reconocido.*)

LUIS.— (*Frío.*) Buenas. ¿Qué desea el señor?

CARBURO.— ¡Qué señor ni qué pollas! A ver si es que no me conoces tú, Luis.

LUIS.— Así de pronto, no me hago idea.

CARBURO.— ¿Qué tal tú, Paco?

PACO.— (*Cayendo.*) Hombre, pero si es el Carbuero. ¿Qué tal, majo?

CARBURO.— Ya ves. (*Se quita las gafas.*) Anda, danos de beber.

LUIS.— Claro, con esa escafandra cualquiera te conoce. Pareces un buzo.

CACO.— (*Desde su mesa se ríe.*) Si es el Carbuero.

CARBURO.— ¿Tú también?

CACO.— ¿Qué he dicho yo?

CARBURO.— ¡Me parecía! Y menos cachondeo, ¿eh, Caco? Tú en tu puesto y yo en el mío. No confundamos.

LUIS.— (*Corta, jovial.*) ¿Y qué? ¿Cómo tú por aquí? ¡Cuánto tiempo que no se te ve el pelo!

CARBURO.— Es que, a ver, desde el barrio de la UVA aquí, hay un trecho, no creas, y da pereza. Allí tenemos de todo, bares a todo plan, comercios, y luego además el tiempo que he estado en Alemania.

LUIS.— Te has equipado bien, por lo que veo.

CARBURO.— En plan cosmonauta, dice mi chico. (*Ríe.*) ¿Hay algo de beber?

LUIS.— Todavía queda.

CARBURO.— Ponme una de coñac.

LUIS.— ¿Marca?

CARBURO.— Carlos Garrafa; a mí me gusta fuerte. ¿Será por dinero? No se me acaban los billetes ni quemándolos.

LUIS.— Aquí tienes tu copa. (*Le sirve. El CARBURO la bebe.*)

CARBURO.— Pues he venido a buscar a uno que no sé si vendrá hoy por aquí, pero me creo que a lo mejor viene.

LUIS.— ¿Te deben algo?

CARBURO.— Una explicación. (*Pausa.*)

PACO.— (*Incómodo.*) No lo dirás por mí.

CARBURO.— Qué va, muchacho. Tú tranquilo.

PACO.— Es que ahora me parece recordar que yo te debo algún dinero, sí, hombre, de aquel día en el bar del Guarro, que estuvimos de chusma y yo perdí tres rondas a los chinos. ¿No es eso?

CARBURO.— Me debes cinco barés, pero no corren tanta prisa.

PACO.— (*Digno.*) Se te pagan y ya está.

CARBURO.— ¿Será por dinero? Mira, Paco, te pagas una convidada y ya no se hable más. A ver si por un cangrejo, yo... Sería lo último. Hombre, siento que te hayas creído que lo que he dicho iba por ti. Yo sin acordarme. Que se mueran mis hijos.

PACO.— Yo sí me acuerdo, ahora que me lo dices. Perdona, chico.

CARBURO.— Vale. (*A LUIS, confidencial.*) A quien busco es a Rogelio, ¿sabes?, a mi compadre, el Rojo.

LUIS.— ¡Ah!

CARBURO.— Como hoy entierran a su madre, a lo mejor se acerca. (*LUIS se hace el distraído fregando el mostrador.*) ¿Dónde la entierran? ¿En el Este?

LUIS.— En el de Canillas, creo. Ya ha pasado el entierro.

CARBURO.— ¿Hace mucho?

LUIS.— Un rato.

CARBURO.— ¿Y ha venido el Rogelio? (LUIS *no responde.*) ¿Eh tú?

LUIS.— (*Evasivo.*) Aquí sí que ha estado. (*Silencio.*) ¿Qué te pasa con él?

CARBURO.— Pasarme, nada. Es a él al que le va a pasar. ¿Ha dicho algo de volver?

LUIS.— No, no ha dicho nada.

CARBURO.— A lo mejor vuelve, ¿no, tú?

LUIS.— No creo, porque anda por ahí la Guardia Civil.

CARBURO.— Sigue en busca y captura, claro.

LUIS.— Creo que sí.

CARBURO.— ¡Pero si él estaba en El Espinar cuando lo del guardia! ¡Qué cosas hay que ver!

LUIS.— ¡Ah!, yo no sé nada de eso. Ni ganas; yo estoy en lo mío.

CARBURO.— Por mí que lo maten, imagina. ¡Si no lo matan ellos, voy a ser yo! Pero una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.

LUIS.— Yo ni entro ni salgo.

CARBURO.— Es que ya parece que decir quinquillero es como decir hijo de puta; ¡y eso tampoco! En ese oficio, que tú lo sabes, los hay tan honrados como el que más. Y tan trabajadores como el más currante. Y además, ¿qué palabra es ésa de quinquilleros? Ni que fueran gitanos.

LUIS.— ¿Ni que fueran?

CARBURO.— ¿Está mal lo que he dicho?

LUIS.— ¿Qué pasa, que tú no te consideras del oficio? Como dices «ni que fueran...».

CARBURO.— ¡Pues no hace poco que yo dejé la caja!

LUIS.— Eso ya lo sé, pero lo llevas en la sangre, ¿o no?, y a ver toda tu familia lo que es.

CARBURO.— Y a mucha honra.

LUIS.— Pues por eso.

CARBURO.— ¡Anda éste!

LUIS.— ¿Qué pasa con éste?

CARBURO.— ¡Se cree que yo me voy a avergonzar por haberme ganado la vida con la caja! Y con la quincalla. Y con el carro por esos pueblos. Y a mucho honra, ya te digo. Y mi madre, sillera de toda la vida, y vendedora.

LUIS.— Pues ya está.

CARBURO.— ¡Pero que ya está!

LUIS.— ¿Y yo qué digo?

CARBURO.— Que no lo dudes; es lo que digo yo.

LUIS.— (*Lo echa a broma.*) Como te aplique el código, verás.

CARBURO.— A mí ni código ni San Código. (*LUIS saca una enorme estaca de detrás del mostrador.*)

LUIS.— (*Sonríe.*) ¿Decías algo?

CARBURO.— (*Con buen humor.*) Joder, qué porra.

LUIS.— Es un mataquínquis.

CARBURO.— Tú siempre con tus cosas.

LUIS.— A ver qué vida.

CARBURO.— Si no fuera por estos y por otros ratitos, ¿verdad?

LUIS.— Se moriría uno.

PACO.— A mí lo que me gusta es la armonía.

CARBURO.— Y a mí, y a éste, y a cualquiera. (*Se acuerda de pronto.*) Pero cuando hay un venao como el Rogelio, mi compadre, ¿qué vas a hacer?

PACO.— ¿Te ha hecho alguna pirula?

CARBURO.— Tú me perdonas, ¿verdad, Paco?

PACO.— ¿El qué?

CARBURO.— Lo que te voy a decir de eso que tú me has preguntado. ¿Tú me perdonas?

PACO.— Tú di lo que sea, y ya veremos.

CARBURO.— ¡Como dices que si mi compadre me ha hecho o no me ha hecho...! (*Alza la voz.*) ¿A ti qué leche te importa? ¡Es lo que yo me digo! (*Saca una navaja.*) ¿Tú ves a esta chaira? (*La abre.*)

PACO.— (*Tranquilo; sabe que no va con él la cosa.*) Es de Albacete, ¿no?

CARBURO.— Legítima.

LUIS.— Oye, cierra eso.

CARBURO.— (*Sin hacer caso.*) Pues éste es el churi que se va a tragar mi compadre el día que lo vea, que a lo mejor va a ser esta tarde misma; porque es lo que yo digo, o se es hombre o no se es hombre, y lo que él ha dicho no lo dice un hombre; es decir, lo que se dice un hombre. No te asustes, Luisito, que me lo guardo. (*Se la guarda. Por el WC.*) ¿Puedo pasar?

LUIS.— Pasa. (*El CARBURO pasa al WC. LUIS, rápido, sale del mostrador y le dice al CACO.*) Oye, sal a ver si encuentras al Rojo en cualquier taberna, La Única, El Guarro, El Tulipán o el Gurugú... Tiene que andar por ahí. (*Todo este diálogo muy rápido y en voz baja.*)

PACO.— ¿Y si ha encontrado taxi?

LUIS.— ¡Qué va a encontrar!

CACO.— ¿Y qué le digo?

LUIS.— Que no venga por aquí, que han vuelto los picos. *(El CACO se levanta, prueba sus fuerzas.)* ¿Estás en condiciones?

CACO.— Sí.

LUIS.— Pues hale.

CACO.— El caso es si tengo que tomar un vaso o cualquier compromiso.

LUIS.— ¿No llevas nada?

CACO.— Lo justo para pagarte la semana, que son 27,50 según creo.

LUIS.— 28,50 si no te importa. Míralo en la pizarra.

CACO.— ¿Me guindas una cala, Luis? Mira que yo llevo las cuentas de lo que me tomo.

LUIS.— De eso nada. Ahí lo tienes, con detalle de los botellines que son.

CACO.— Bueno, vale. Por no discutir. Pero yo sé lo que me tomo, ya te digo.

LUIS.— ¿Qué me das aquí, oye?

CACO.— 18,50.

LUIS.— Faltan dos duros.

CACO.— Que te los quedo a deber con tu permiso, y así no voy sin nada. No te enfades.

LUIS.— Te lo apunto. *(Borra y apunta diez pesetas en la pizarra.)*

CACO.— ¿Adónde tenía que ir, que no me acuerdo?

LUIS.— A lo del Rojo. ¿No te digo? ¡A lo del Rojo, que no aparezca!

CACO.— Ah, sí. Perdona. *(En ese momento sale el CARBURO, abrochándose el pantalón. El CACO hace ademán de marcharse.)*

CARBURO.— ¿Ya te vas, Caco?

CACO.— Vuelvo ahora.

CARBURO.— Hazme un favor, hombre.

CACO.— *(Servil.)* Lo que tú digas.

CARBURO.— Te traes un paquete de Chester de ahí, del Tuerto.

CACO.— ¿El cerillero ese? *(El CARBURO asiente y le da un billete.)* ¿Qué me das?

CARBURO.— Veinte chulés.

CACO.— ¿Y cuánto vale?

CARBURO.— No lo sé exacto. Te traes la vuelta.

CACO.— Y me tomo una copa a tu salud.

CARBURO.— Pero pitando. (*El CACO sale. Silencio.*)

LUIS.— (*Profesional; por hacer conversación.*) ¿Y qué, currando mucho?

CARBURO.— No falta curro, no.

LUIS.— ¿Qué estás? ¿En la construcción?

CARBURO.— (*Asiente.*) Ahí con el yeso. Como siempre.

LUIS.— ¿Cuánto te has tirado en Alemania?

CARBURO.— Un año y medio.

LUIS.— Traerías perras.

CARBURO.— No me puedo quejar.

LUIS.— ¿Te llevaste a la Carmen?

CARBURO.— (*Mosca.*) Tú sabes que no; son ganas de decir tonterías, que no sé a qué viene.

LUIS.— Si supiera que te la llevaste o que no, no te preguntaría. ¿No comprendes?

CARBURO.— Después de todo lo que se ha dicho en el barrio, no me vengas ahora con que si sabías o no sabías.

LUIS.— (*Maligno.*) ¿Lo que se ha dicho de quién?

CARBURO.— Vete a hacer puñetas.

LUIS.— (*Respirando, se encoge de hombros.*) ¡Bueno!

PACO.— (*Por cortar la situación.*) ¿Y qué, estás con el Julio?

CARBURO.— Y con el Legumbre.

PACO.— Ah, con el Lenteja, dices.

CARBURO.— Ahora le llamamos Legumbre.

PACO.— Siempre estáis con el cachondeo.

CARBURO.— ¿Y qué vas a hacer?

PACO.— ¿Y Antonio el Caballo?

CARBURO.— Pues por allí anda.

PACO.— ¿Ya no trabaja el yeso?

CARBURO.— Creo que sí.

PACO.— Se gana pasta buena con el yeso, ¿no?

CARBURO.— Eso depende.

PACO.— ¿A cómo pagan ahora el negro?

CARBURO.— A nosotros mejor que a nadie.

PACO.— Vaya contestación.

CARBURO.— Es la verdad.

PACO.— Ya sé que se gana.

CARBURO.— Pché.

PACO.— ¿Trabajáis con tarlocha?

CARBURO.— Ni tarlocha ni leche.

PACO.— (*Impertérrito.*) ¿No cunde menos la llana que la tabla?

CARBURO.— Pero oye: ¿es que tú te vas a meter al yeso ahora?

PACO.— No, hombre.

CARBURO.— ¡Tanto preguntar!

PACO.— Que soy curioso.

CARBURO.— Pues pregúntale a un guardia, no te jode.

PACO.— En seguida te enfadas.

CARBURO.— ¡Si no es enfadarse ni no enfadarse, hombre! Es que cuando está uno descansando, o descansa o no descansa. ¡Déjame de yeso y de no yeso hasta el lunes! ¿Quieres? ¿No comprendes, majo?

LUIS.— O hasta el martes.

CARBURO.— ¿Y qué?

LUIS.— Pues que como siempre hacéis lunes zapatero...; pues eso, que hasta el martes. (*Ríe, estúpidamente.*)

CARBURO.— ¿Y quién nos lo paga? ¿Tú?

PACO.— (*A LUIS.*) Bueno, ponnos la mía. (*A CARBURO.*) Y en paz, ¿no es eso?

CARBURO.— Vale. (*LUIS les sirve.*) Me voy a ir.

LUIS.— (*Que le iba a servir.*) ¿Te pongo o no te pongo? (*El CARBURO apaga el transistor.*)

CARBURO.— ¡Eso se le pregunta a los muertos, no te giba!

LUIS.— ¡Como dices que te vas!

CARBURO.— Pero será cuando a mí me salga de mis partecitas, ¿no?

LUIS.— (*Le hace gracia; ríe.*) ¡Qué Carbuero éste!

CARBURO.— Me voy a buscar a mi compadre. No sea que esté en otro establecimiento.

LUIS.— (*Loco por que se vaya.*) A lo mejor.

CARBURO.— Tú, loco por que me vaya, ¿no?

LUIS.— A mí, allá penas.

CARBURO.— Hoy corre la sangre en este barrio; y si no al tiempo.

LUIS.— (*Incrédulo.*) No me mates.

CARBURO.— Ya lo verás. ¡A que te empapuzo de arate el establecimiento! (*Apostando.*) ¿Qué te va?

LUIS.— ¿Tú dónde entierras?

CARBURO.— Tengo una sacramental propia; anda éste.

LUIS.— Te van a llamar la gripe asiática.

CARBURO.— Cállate, bacilón, que eres un bacilón.

LUIS.— El que estás bacilando eres tú; vamos: ¡que quieres bacilar! Pero conmigo es más difícil.

CARBURO.— ¿Contigo? ¿Yo contigo? Amos, anda. Tienes tú muy poca categoría.

LUIS.— Primera especial.

CARBURO.— ¿Quién te ha dado el carnet?

LUIS.— Tu tío el guardia.

CARBURO.— A veitendiño, cariño.

LUIS.— Mira, que salgo.

CARBURO.— Avísame.

LUIS.— Yo doy sin avisar.

CARBURO.— (*Con voz aflautada.*) ¡Traidor! (*PACO ríe. LUIS no sabe qué responder.*) ¿Lo ves, macho? Si no hay color... Hala, nos pones otras copas y me das la vuelta de una libra.

LUIS.— ¿De qué libra?

CARBURO.— De los veinte duros que te voy a dar otro día que venga.

LUIS.— Eso no te lo crees ni tú. (*Afuera se oyen gritos del BADILA, que se despierta: «¡Sacadme de aquí, cabrones! ¡Auxilio! ¡Socorro!».*)

CARBURO.— ¿Qué es eso?

PACO.— El Badila, que está en la zanja esa. (*Sin moverse un dedo.*) ¿Lo sacamos?

CARBURO.— Yo desde luego no.

PACO.— Pues yo tampoco. Con el calor que hace, cualquiera sale fuera. (*Pausa. El CARBURO taconeá un poco y da palmas.*) Eso, cántate una.

CARBURO.— ¿Cómo la quieres?

PACO.— Un cante bueno.

CARBURO.— ¿Por Valderrama?

PACO.— Vale. O por Fosforito.

LUIS.— Oye, ¿por qué no cantas por Pepe el Mudo?

CARBURO.— Cállate, tío listo.

LUIS.— A ver qué dice ahí. (*Por un cartel.*)

CARBURO.— (*Guiña los ojos.*) Soy corto de vista y además analfabeto; así que imagina.

LUIS.— «Se prohíbe cantar en este establecimiento.»

CARBURO.— *(Se pone una mano en la oreja a modo de trompetilla.)* ¿Qué?

Estoy un poco sordo.

PACO.— Déjale, Luis; por lo bajini.

CARBURO.— *(Se arranca.)* Ay, ay.

LUIS.— ¿Te duele algo?

CARBURO.— Ay.

PACO.— *(Impaciente.)* Venga ya. *(CARBURO le echa una mano por los hombros y le canta en la oreja.)*

CARBURO.— *(Continúa con la entrada.)* Ay. *(PACO cierra los ojos esperando el cante. Por fin:)*

¡Ay! Míralo por dónde viene...
aquel que mató a tu padre.

PACO.— *(Decepcionado.)* No, hombre. Sin cachondeo.

CARBURO.— *(De nuevo.)* Ay.

PACO.— *(Escuchando, con aire de entendido.)* Vale.

CARBURO.— A mi puerta has de llamar
y no te he de abrir la puerta
y me has de sentir llorar.

PACO.— *(Aprobador.)* Vale, macho.

CARBURO.— La bala que a mí me hirió
también rozó al comandante.
A él lo hicieron coronel
y yo sigo como antes.
¡La baja que a mí me hirió!

(En ese momento llega, muy borracho, ROGELIO. Provocador, se planta en el centro de la taberna. También ha llegado el CACO, que se disculpa ante LUIS.)

CACO.— ¡No he podido hacer nada! Me ha pegado una torta, el muy animal, que por poco me tira al suelo.

LUIS.— Idiota. La culpa la tengo yo. *(Quiere decir: «por mandarte a ti».)*

ROGELIO.— *(En voz muy alta.)* ¿Quién es el hijo de catorce padres que se pone a cantar el día de la defunción de mi santa madre, que en gloria esté?

PACO.— *(Asustado.)* Que está muy borracho, Carbuero. Déjalo.

CARBUERO.— Tú tranquilo. *(Se levanta, en la expectación general, y se pone a manejar el transistor sobre el mostrador, mientras dice sin mirarlo:)* Ponle una copa a ése.

LUIS.— ¿Aceptas, Rojo?

ROGELIO.— Yo bebo de lo mío. *(Pone un duro en el mostrador. LUIS, nervioso, le sirve una copa. ROGELIO se enjuaga con ella la boca y dice en voz muy alta mirando hacia el CARBUERO.)* ¿Quién es el malnacido que me iba a hacer un butrón a mí en la tripa? A ver quién era el guapo. *(El CARBUERO ha encontrado una música de su agrado y la pone a gran volumen. Se aparta del transistor y saca su navaja. Se dirige a la concurrencia.)*

CARBUERO.— Esta música se la dedico a la señora Cosmospólita, que en paz descansa, la cual era una santa, si bien su hijo lo es de la gran puta. *(Todos, estupefactos, guardan silencio ante tamaña provocación. El CARBUERO añade algunos detalles:)* El maricón que me toque el transistor me toca al mismo tiempo a mí los cataplines. *(Pausa. El ROGELIO se acerca al mostrador, tranquilo, como si se le hubiera pasado la borrachera, y apaga la radio. Después se abre la camisa y se acerca al CARBUERO; le ofrece el pecho desnudo.)*

ROGELIO.— Si tiene lo que dice, píncheme, cabronazo. *(El CARBUERO tiene la navaja abierta en la mano.)*

CARBUERO.— Esa palabra la retira usted, pero que ahora mismo.

ROGELIO.— ¿Cuál?

CARBUERO.— Esa de cabronazo.

ROGELIO.— ¿Y si se la dijera en el buen sentido?

CARBUERO.— *(Duda un poco.)* Entonces vale.

ROGELIO.— *(Se crece ante la debilidad del otro. Insiste.)* ¿Vale o no vale?

CARBUERO.— Vale.

ROGELIO.— Pero es que yo se la decía en el sentido propio de cabrón, Carbuero, avei se entera.

CARBUERO.— *(Pálido.)* Repita eso, que yo lo escuche.

ROGELIO.— *(Impávido.)* En el sentido propio del que lleva unos cuernos, a ver si me entiende. ¿Cómo ha podido entrar por esa puerta mi compadre?

CARBUERO.— *(Débil, casi tembloroso, como a punto de llorar.)* Con la cabeza muy alta, Rojo. ¡Con la cabeza muy alta!

ROGELIO.— ¿Cómo es eso? ¿Es que no le pesan? A ver si son de plástico.

CARBURO.— Eso me lo va a decir en la calle, mamonazo.

ROGELIO.— Pero que ahora mismo, después de tomarnos una copa. *(A LUIS.)*

Pon de beber para todos, Luis, que le voy a dar a mi compadre una lección que no la olvida.

LUIS.— De eso nada.

ROGELIO.— ¡Cómo que nada! ¡He pedido de beber para todos!

LUIS.— Te voy a dar un consejo, Rojo: que te des el queo; que aquí te huele la cabeza a pólvora.

ROGELIO.— Más vale a pólvora que a hueso como al compadre. ¡Je, Carbuero! *(Citándolo como para un natural.)* ¡Je! *(El CARBURO le tira un viaje con la navaja. ROGELIO lo esquivava.)*

PACO.— ¡Estaros quietos, coño! *(Apartándose.)* ¡Que vamos a tener un disgusto!

ROGELIO.— ¡Je, Carbuero!

CARBURO.— ¡A usted lo mato yo! ¡A usted lo mato yo! *(ROGELIO tropieza en la mesa donde está el CACO.)*

CACO.— *(Da un grito agudo.)* ¡Socorro! *(ROGELIO se ha situado junto a un pellejo de vino. Al esquivar otro viaje del CARBURO, éste pincha el pellejo y empieza a salir vino. LUIS pone el grito en el cielo.)*

LUIS.— ¡Me jiño mil veces en la leche que os han dado a los dos, canallas! ¡Maldita sea la hora en que la perra de vuestra madre se juntó con el venado de vuestro padre, hijos de la grandísima! ¡Me arruináis el negocio! ¡Os bebéis mi sangre y mi sudor! ¡Me derramáis el vino! *(Ha tapado el agujero con un dedo.)* ¡Quinquilleros de mierda, que sois peor que los gitanos! *(Ante estas imprecaciones, dichas con voz tonante, los bronquistas se han parado y están como pasmados.)*

ROGELIO.— Hombre, Luis, no te pongas así.

CARBURO.— *(Compungido.)* Ha sido sin querer, te lo juro. Yo lo que quería es aviarle a éste.

LUIS.— *(Sin hacerles caso.)* Caco, anda, acércate a la farmacia y te traes una tirita.

CARBURO.— Por cierto, caco. Mi tabaco y las vueltas.

CACO.— Perdona, hombre. Con eso de la bronca... *(Se lo da.)*

CARBURO.— Quédate una peseta, por el viaje.

CACO.— Gracias.

CARBURO.— Y cinco duros para la botica: los gastos corren por mi cuenta, por ser yo el autor del estropicio.

CACO.— Entonces ¿qué? ¡Me traigo una tiritita?

PACO.— Hombre, Luis, con una tiritita no vas a tener bastante. ¿O es cosa de poco? (Luis quita el dedo y cae un chorro. PACO, servicial, pone un vaso vacío y se lo llena.) Que no se desperdicie. (Bebe.)

LUIS.— Que sea un esparadrapo, Caco. Una cajita.

PACO.— (Al CACO, acabando las instrucciones de LUIS.) Esparadrapo de ese ancho, que es así.

CACO.— Vuelvo en seguida. (Sale. Un silencio.)

ROGELIO.— Por poco me deja usted seco, ¿eh? Me ha tirado un viaje a la tripa; me he dado cuenta.

CARBURO.— (Ceñudo.) A ver si es que usted se cree que uno se puede cachondear de uno.

ROGELIO.— (Con lógica aplastante.) Ni otro de otro.

CARBURO.— (Ante lo obvio.) Hombre, claro.

ROGELIO.— (Incongruente.) ¿Entonces?

CARBURO.— (Despistado, pero terminante.) Entonces nada.

ROGELIO.— Porque, vamos, yo creo que la muy la tenemos para hablar.

CARBURO.— (No tiene nada que objetar.) Endendeluego.

ROGELIO.— Pues si está para hablar se habla. Vamos, digo yo. Y más entre compadres.

CARBURO.— (Cerril, sin seguir el hilo, pero tratando de reprochar algo y de seguir siendo terminante.) Pues claro que se habla.

ROGELIO.— Pues a ver.

CARBURO.— ¿A ver el qué?

ROGELIO.— (Retador, poniéndose a la escucha.) A ver su frase.

CARBURO.— ¿Qué frase?

ROGELIO.— La que me tenía que decir: el porqué de su cabreo, aquí entre hombres. (Por los asistentes, como nombrándolos testigos.)

CARBURO.— ¡Claro que tengo una frase!, y de las que no admiten réplica ninguna.

ROGELIO.— Pues dígala, vamos a ver.

CARBURO.— Que más vale hablar poco y actuar legal, que irse de la muy, que es lo que usted ha hecho —¡no digo yo que con mala intención!—, pero se ha ido de la muy, compadre: que se ha ido de la muy..., que sí, que se lo digo yo... (Lo último suave, casi comprensivo.)

ROGELIO.— Hombre, de eso de irse de la muy, eso depende, porque a lo mejor lo que resulta es que el que se ha ido de la muy es el que le ha dicho a usted que el que se ha ido de la muy he sido yo. No sé si me explico. ¡Y para eso está la muy, chalado, que es usted un chalado, se lo digo yo! (*Esto se lo dice finolis y casi cariñosamente.*)

CARBURO.— (*Que no lo estima así.*) Sin faltar, compadre, sin faltar.

ROGELIO.— Aquí, en ese caso, el que está, más que faltando, sobrando, es usted, y perdone la expresión. Porque si yo he hecho algún comentario —es un decir— acerca de la Carmen mientras que usted trabajaba —es un decir— en Alemania...

CARBURO.— (*Herido.*) ¡No, que trabajaría usted por mí, qué listo!

ROGELIO.— A lo que voy es a cosa distinta, y es decir que si yo he hecho algún comentario de la Carmen, siempre habrá sido en plan familiar y desde luego menos en comparación con la realidad de la vida, porque, ¡ay!, a mí se me ha caído la cara de lacha, como padrino que yo soy del Carburito, de ver lo que se ha visto en este barrio, y luego en el de la UVA, durante su ausencia de usted; de lo que se ha visto, digo, con la Carmen y Paco el Legionario, que además él la sacaba los cuartos para luego gastárselos con el sinvergüenza ese del Maño, que es marica..., porque ésa es otra.

CARBURO.— ¿Y qué voy a hacer yo, vamos a ver? ¿Matarla? ¡A ver! ¿Qué la voy a hacer yo? ¡Más que la hice, a ver! Pues eso: la tunda que la di no se la quita nadie; como que se la tuvieron que llevar a la casa de socorro y estuvo en el hospital catorce días; que si no llega a ser porque el chaval, al ver a su madre echando sangre por la boca y que chillaba de esas maneras, se puso a llorar, el pobrecillo; y, claro, me dio no sé qué seguir con ella; que si no...

ROGELIO.— Pero podía haber matado al Paco, es decir, hacer alguna buena, lo que se dice un escarmiento.

CARBURO.— Pero ¿cómo lo iba a matar, puñeta, si cuando yo volví de Alemania ya se había muerto el tío? Que tiene usted cada cosa...

ROGELIO.— Pues haberse cogido al crío y pirarse por ahí, no sé, donde ninguno le conozca a uno y dejarla tirada, que es lo suyo, por ser una rabiza, que es lo que es y de lo más tirado.

CARBURO.— Y con eso, ¿qué se consigue? Ser la risión, Rogelio... Porque a ver, ya puestos a eso, a usted quién le certifica que la criaturita es suya, quiere decirse mía, tratándose de una puta como es la Carmen, que eso yo lo reconozco.

ROGELIO.— Hombre, eso de ser gumí lo reconocen todos los del barrio que la han conocido cuando hacía la carrera por ahí, por Manuel Becerra; pero eso es aparte.

CARBURO.— Bueno, usted no disimule ahora; y aquí a lo que vamos, ya que habla del crío y de la zorra de su madre y de varios asuntos que, por cierto, a estos señores no les interesan. (*Los dos estaban escuchando muy atentos y ahora disimulan. PACO silba. LUIS limpia el mostrador.*) Es decir, que a ver si usted me da la siguiente explicación de por qué el sábado pasado en el Gurugú usted dijo a los que quisieran oírle cierta cosa.

ROGELIO.— ¡Eso es mentira!

CARBURO.— ¿Quién lo ha dicho?

ROGELIO.— (*Cierra un ojo.*) Este tuerto.

CARBURO.— (*Paciente.*) ¿El qué es mentira, vamos a ver? Porque yo entodavía no he dicho una palabra.

ROGELIO.— ¡Lo que sea! ¡Eso es mentira! ¡Se lo digo yo!

CARBURO.— ¿Que usted no dijo a la concurrencia que usted, ¡maldita sea!, ¡me cago en mi padre!, que el chico, quiero decir, que la criaturita no es mía y que usted es su verdadero padre? A ver si lo ha dicho o no lo ha dicho, que es lo que yo quiero saber. (*A LUIS.*) Estoy hablando correctamente, creo yo. ¿No, Luis? Luego no digas. Anda, danos de beber.

LUIS.— ¿Lo mismo?

CARBURO.— Sí. No sé, mi compadre.

ROGELIO.— (*Piensa reconcentrado.*) Déjame ahora, que quiero recordarme de una cosa, y después... (*Al CARBURO.*) le diré mi frase. (*LUIS sirve. Vuelve ahora el CACO, con el esparadrapo.*)

PACO.— Trae, trae aquí. (*Se ocupa de la reparación y empieza a ponerle al pellejo una cruz de esparadrapo.*)

CACO.— Y me sobran 16,50, que son tuyas, Carbuero. (*Se las da.*) Cuenta el dinero y luego no me digas que si tal.

CARBURO.— Ya me habrás guindado algo. ¿O no?

CACO.— (*Niega.*) Que me muera. No tengo ni lata. Y, además, ahí vendrá el precio.

LUIS.— (*Consulta al CARBURO.*) ¿Le pongo al Caco?

CARBURO.— Ponle, pero caray con el tío. Se gasta menos que un ruso en catecismos. (*LUIS le sirve. El CACO, con el vaso, se vuelve humilde-*

mente a su mesita. CARBURO se dirige a ROGELIO, que sigue reflexivo.)

Qué, ¿carburas o no carburas?

ROGELIO.— Estoy pensando en quién habrá sido el mala follá que le ha ido con ese cuento, porque allí el sábado, que yo recuerde, no estaba más que el Perruna, el Caca y Pepe el de la Rosa; el Piloto y Zambombo, a más del Cano y Julio el Hojalata, el Sátur, el Canillas y Paco el de la Rubia, Cabila, el Madruga, Mondéjar, Huete, el Nene, el Grillo, Veneno, el Colorín, el Patabote y Chancaichepa; vamos, que yo recuerde. *(Ha ido reconstruyendo visualmente las tertulias que él recuerda.)*

PACO.— ¡Mecagüen, qué memoria!

LUIS.— ¿Perdonáis una interrupción?

CARBURO.— Estás en tu casa, majo.

LUIS.— Era preguntarle aquí al Rogelio una cosita.

ROGELIO.— Déjame ahora. ¿No ves que estoy barrenando? ¿No se me nota?

LUIS.— *(Le reconviene, severamente.)* Más valía que estuvieras pensando en lo que tenías que estar pensando, y de eso es de lo que te quería hablar precisamente.

ROGELIO.— Estas asas *(Por las orejas.)* son dos soplillos, Luisito. Sigue.

LUIS.— Que si encontraste taxi.

ROGELIO.— *(Estupefacto.)* Taxi, ¿de qué?

LUIS.— Ah, no sé. Creí que lo buscabas antes.

ROGELIO.— *(Como si le dijeran una mentira enorme.)* ¿Yo?

LUIS.— *(Fastidiado.)* No, tu tía.

ROGELIO.— Entonces, ¿qué dices tú de taxis?

LUIS.— *(Paciente de pronto.)* Me refiero a cuando has salido de aquí pidiendo un taxi a voces; sí, hombre, hace una media hora. *(ROGELIO hace esfuerzos, pero no recuerda. LUIS le da más detalles.)* Que estaba el Paco aquí, sí, hombre, y el Caco ahí tomándose su botellín, tranquilo. Que tú nos contaste que habías venido de Guadalajara y no sé qué de un accidente que a lo mejor te había ocurrido no sé dónde, ni tú tampoco lo sabías, pero que tenías ese corte en el cuello.

ROGELIO.— *(Grita de pronto como loco.)* ¡Guadalajara! ¡Guadalajara!

LUIS.— Tampoco es para ponerse así.

ROGELIO.— *(Grita.)* ¡Mi tío el Machuna!

LUIS.— ¡Eso! Que tu tío el Machuna te había llamado, y eso.

ROGELIO.— *(Grita.)* ¡El entierro de mi madre!

PACO.— Que en paz descanse, Rojo.

ROGELIO.— (*Hace un descubrimiento y lo proclama a voces.*) ¡Soy un canalla! ¡Soy un canalla de lo peor, señores! ¡No me merezco la vida que me dieron! ¡Soy un canalla de lo peor que hay!

PACO.— (*Siempre con su buen plan.*) No, hombre, Rogelio. Eso tampoco.

ROGELIO.— ¿Qué hora es?

LUIS.— (*Mira el reloj.*) Ya la habrán enterrado.

ROGELIO.— (*Arreglando un poco su conciencia en medio del alcohol.*) ¡Claro, como que no había taxi y me he entretenido ahí en el bar de los Pollos...! ¡Maldita sea! ¿Qué hago yo ahora? ¡Qué rollo, madre mía!

LUIS.— ¿Te encuentras bien ahora?

ROGELIO.— (*Vacilante.*) Me parece que sí. Sólo que las paredes me dan un poco de vueltas, pero creo que puedo andar.

LUIS.— Pues déjalo ya, eso del entierro, por mucho que te pese; que a tu madre no la resucitas ya tú porque te quedes en el barrio, y márchate a tu bujío, anda; allí donde tú te encuentres seguro, no sea que con una desgracia te venga otra, que dicen que las desgracias nunca vienen solas; pero hay que hacer lo posible por evitarlo.

ROGELIO.— Tienes razón tú, Luis.

CARBURO.— (*Comprensivo.*) Lo primero es lo primero, también es verdad. Lo nuestro ya se resolverá entre hombres cuando usted salga de lo suyo; y si hay que partirse la cara, se la parte uno, y si un día le tengo que pegar una hostia, pues se la pego, y si le tengo que chinár el bul, pues se lo rajo.

ROGELIO.— Usted no pega ni las cartas; eso es aparte.

LUIS.— ¡No os enrolléis de nuevo y lárgate, Rogelio!

ROGELIO.— Vale.

LUIS.— Muy bien, Rogelio. Así me gusta. (*Pausa. ROGELIO se acoda en el mostrador.*)

ROGELIO.— Pero antes danos de beber. (*LUIS desolado, opta por servirles. ROGELIO —piensa LUIS— no se marchará ya nunca... La luz se va oscureciendo sobre El Gato Negro y sólo queda iluminada la mesita del CACO, que duerme. Suena la música yeyé de antes en el transistor y se apaga la luz sobre el CACO para hacerse sobre un cartel que dice:*)

INTERMEDIO

Que es un sueño del Caco

(De pronto, luz muy brillante, blanca, de tubos de neón. La taberna aparece horriblemente «maquillada» de cafetería de barrio, con paneles rojos y verdes, chillones, y molduras blancas de escayola. En el mostrador, LUIS, con una cofia de camarera, y una máscara o los labios y los ojos pintados. ROGELIO está durmiendo en una mesa —en la del CACO— y el CARBURO bebe en la barra sentado en una altísima banquetta (más alta que el mostrador). Hay otra, más alta todavía, a la que hay que subir por una escalerita. Entra el CACO con sombrero y fumando un puro enorme.)

LUIS.— Muy buenas tardes, don Tiburcio.

CACO.— Llámame Caco, hombre. ¿Estamos o no estamos entre amigos? Trátame en confianza, que yo no me como crudo a nadie.

LUIS.— ¿Dónde quiere sentarse?

CACO.— Me encalomo aquí mismo. No te preocupes. *(Por la banquetta altísima, a la que se encarama. Ya en lo alto, pide displicente.)* Ponme un güisqui, anda, tú.

LUIS.— ¿Blanco o tinto?

CACO.— Tinto mismo. *(LUIS le sirve vino tinto de una frasquilla adornada con un lazo de los colores de la bandera roja y gualda. Saluda al CARBURO.)* Hola, Carburín, que no me había dado cuenta.

CARBURO.— ¿Qué dice, señor Caco?

CACO.— Pues ya ves. Anda, toma tú lo que quieras.

CARBURO.— (*Modesto.*) Me tomaré un vasito.

CACO.— De eso ni hablar..., vasito... ¡Una cerveza! ¡Y nada de un botellín; una botella grande! (*A LUIS.*) ¿La tienes especial?

LUIS.— (*Desolado.*) No queda.

CACO.— (*Disgustado.*) Hombre, eso se dice.

LUIS.— No me han servido hoy los repartidores. Lo siento de verdad. Les voy a echar una bronca, que no sé.

CACO.— (*Magnánimo.*) ¡Qué se le va a hacer, muchacho! No te preocupes. (*Al CARBURO.*) Tómate entonces una de pipermín o cosa análoga.

CARBURO.— (*Que no quiere abusar; con un gesto de que eso cuesta horrores.*) No, gracias, gracias.

CACO.— Pues Calisay, que es así dulce.

CARBURO.— Que no, señor Caco, que muchas gracias, digo.

CACO.— Un sol y sombra entonces. O un carajillo, con perdón.

CARBURO.— (*Modoso, pero terco.*) ¡Que no, que no! Se lo agradezco como si lo tomara; de verdad, señor Caco.

CACO.— ¡Será por dinero! (*Saca un billete de mil pesetas, lo enciende con una cerilla y con él se enciende el puro. Fuma.*) ¿Quieres fumar, eh, tú?

CARBURO.— Yo fumo negro, señor Caco.

CACO.— Fúmame un rubio, anda. (*Llama a ROGELIO, que duerme.*) ¡Eh, tú Rogelio, ven aquí, hombre!

ROGELIO.— (*Se despierta.*) Mande usted, jefe.

CACO.— (*Le echa veinte duros.*) Te traes un celtasfiel. Quédate con la vuelta. (*ROGELIO se arrastra por los suelos ante el billete, hasta cogerlo.*)

ROGELIO.— Gracias, señorito. (*Sale galopando.*)

CACO.— (*Ríe.*) De nada, chaval, de nada. (*Del WC sale PACO, que le saluda con alegría y deferencia.*)

PACO.— ¿Tú por aquí, muchacho?

CACO.— ¿Qué hay, golfo?

PACO.— (*Cordial.*) Más golfaray eres tú, golferas.

CACO.— (*Ríe.*) Pero como tú no hay nadie.

PACO.— ¡Pues anda que tú!

CACO.— (*Jovial.*) ¡Pero menos que tú, no creas! ¡Ya no soy ni sombra!

PACO.— ¡No me digas! (*Le pincha con un dedo en la tripa.*) ¡Que te veo, Timoteo!

CACO.- ¡Lo que oyes! ¡Ya no soy nadie!

PACO.- ¡Pero si no pasan los años por ti! ¡Qué tío!

CACO.- Pues tú estás igual, carape.

PACO.- Ya estoy hecho un purili; pero tú... Qué bárbaro. Y con todo tu pelo.
Y de chavalas, ¿qué?

CACO.- Pché. No se da mal, pero ya sabes que yo a lo mío.

PACO.- Hombre, claro. Tú siempre a lo tuyo. *(En seguida.)* Oye, por cierto,
¿tú me podrías prestar una cantidad para un apuro?

CACO.- Hombre, si no es una gran cosa...

PACO.- Me arreglo con un verde, si no te hace extorsión.

CACO.- Que son exactamente...

PACO.- Mil púas, si te hace, que es doscientos barés exacto.

CACO.- *(Tranquilo.)* Hombre, eso, claro, desde ya. ¿Lo quieres ahora mismo?

PACO.- No hace falta, pero si puede ser antes de un cuarto de hora, pues mejor, ¿sabes?

CACO.- ¿Te firmo un cheque o en metálico?

PACO.- Como tú quieras. Vale. *(El CACO saca un talonario y firma un talón mojando el dedo pulgar en vino y estampillándolo.)* Chico, qué firma tan bonita. Es el sello de la casa, ¿a que sí?

CACO.- *(Como diciendo que sí.)* ¿Cómo lo sabes? *(Se lo da.)*

PACO.- Se te agradece. ¿Cuándo te hace que te devuelva las mil legañas, tú?

CACO.- A tu comodidad, chato.

PACO.- *(A LUIS.)* Pues danos de beber.

LUIS.- *(Al CACO.)* ¿Otro güisqui, señor?

CACO.- ¿Cómo lo sabes? *(Ríen. Oscuro y luz sobre un cartel que dice: «Los sueños duran poco, y el Caco pronto se despertó a la realidad de la vida. Al anochecer la animación no era grande en la taberna, pero...».)*

PARTE SEGUNDA

Escena: es ya de noche. Luz eléctrica, amarilla. Oscuro exterior, debido al deficientísimo alumbrado público. El CACO está en su mesita de siempre, inmóvil y en silencio. Tiene una botella de vino delante y parece un ausente. ROGELIO está muy borracho, contando su vida a LUIS, PACO y el CARBURO.

ROGELIO.— Lo mío es una novela.

PACO.— Vale. *(Como diciendo: «Sigue».)*

ROGELIO.— Mi vida es una novela, digo yo, y se lo demuestro a quien se ponga.

PACO.— *(Poco imaginativo.)* Vale, vale.

ROGELIO.— Empezando porque no sé ni hacer la O con un canuto y que, sin embargo, sé más que muchos; y que si no sé juntar las letras (porque ni Dios me ha enseñado a ello ni he pisado una escuela en toda mi puta vida), en su lugar me conozco el rollo de la vida como nadie; y acabando porque ahora ando de najas por la muerte de un jundo, el cual por mi padre que no tengo ni idea sino que creo que se habrán confundido o si será por esta maldición nuestra de lo que dicen de que somos quinquilleros, lo cual quiere decir quincalleros, o sea, de los que vendían la quincalla por esos pueblos, sólo que ahora nos dedicamos más que nada a arreglo de cacharros y a paragüeros y a las sillas, que es lo que suele hacer el mujerío... ¿Dónde estoy?

PACO.— *(Solicito y despistado.)* En El Gato Negro, casa Luis.

ROGELIO.— ¡Qué burro! Hombre, Paco, una cosa es que esté uno con la copa, que no lo niego, y otra muy distinta que estuviéramos majaras y que

perdiera uno, vamos al decir, las nociones de la vida. Digo que dónde estoy del cuento: ¡que por dónde iba!

PACO.— (*Que también está bastante bebido.*) ¡Ah! Eso sí que no sé.

LUIS.— (*Harto.*) ¡Que tu vida es una novela, hombre.

ROGELIO.— (*Cogiendo bruscamente el hilo, exclama:*) ¡Pero que una novela! ¡No es decir que si tal o que si cual! ¡No! ¡Una novela! O sea, una película. Pero una película con su acto y su entreacto y su sainete, ¡y todo! ¡A ver, mis padres iban con su carro valenciano precioso de aquí para allá por Segovia y por El Escorial y yo, a ver, una criatura, pues yo, sin despreciar a nadie, yo... el rey del mundo! ¡Tiempos pasados que ya no volverán! (*Llora silenciosamente.*)

PACO.— Pero, hombre, Rojo. Ten entereza.

ROGELIO.— ¡Si es que me acuerdo! ¡Qué quieres! ¡Si es que me acuerdo de cosas que..., que, vamos, que son cosas de la vida!

PACO.— Tranquilízate, hombre.

ROGELIO.— Hasta que de pronto vino, claro, la decadencia; que fue cuando lo de mi padre, que por cierto que le pegaron delante mía y de mi mama (*Sic: sin acento.*) porque si habían matado o no habían matado a una estanquera no sé si en Colmenar de Oreja; así, que se lo llevaron al estaribel porque el hombre acabó diciendo que había matado, no sé, a la estanquera y a su propio padre; sólo que luego se descubrió que había sido una cuñada la que le pegó el hachazo a la muerta y fueron y soltaron a mi padre, pero eso cuando ya se había chupado siete años en el Puerto de Santa María. En fin, ¡cosas de la vida! En el entretanto mi mama (*Sic: sin acento.*) me había prestado a una tía mía de Ávila que me dedicó, no se me caen los anillos por decírvoslo ahora, a méndigo (*Sic: con acento.*), y que me las hizo pasar canutas de hambre y de miseria; ¡que todavía la recuerdo a la tía, así, dentona como era! (*Muestra los dientes superiores.*) ¡Que tenía más dientes que una banda de conejos, la tía cabrona! (*Vengativo.*)

PACO.— (*Ríe.*) ¡Tú siempre con tus cosas!

ROGELIO.— Además era bruja; ¡lo era y no es que yo lo diga!, porque también hacía yerbas y remedios, además de poner el cazo en la cuestión de romerías y así; y lo peor, que yo recuerde, es lo que hacía con el niño de una soltera, que se lo habían entregado: una criaturita como aquel que se dice recién nacida, pobre.

PACO.— ¿Y qué hacía, tú?

ROGELIO.— Pues nada, que le ponía así como un ciempiés —que es un bicho— en un ojo y se lo tapaba con media cáscara de nuez, y luego la tía le vendaba el ojo, ¡y el niño berreaba, claro!, y ella diciendo que la criatura tenía los sacais malitos y que necesitaba pastora. (*Gesto de dinero con los dedos.*) para la medicina; y así en las ferias, ¡pues claro!, ¡venga de recaudar!; que luego por cierto a nosotros ni nos daba de comer —aunque claro está que nosotros comíamos del guinde—, y ella se gastaba la mayoría de la pasta en sus buenas copas de cazalla y botellines. Menos mal que murió de mala forma (que la ahorcaron), pero ése es otro cuento; el caso es que yo me escapé. Total, una película.

PACO.— Pero de las buenas, no te creas.

ROGELIO.— Lo que yo te diga. (*Siguiendo en lo suyo: en su vida.*) Que es cuando entré de lazarillo con mi padrastro el Ciego de las Ventas (con mi tío, que yo le llamo al hombre), el cual volvió a juntarse con mi madre mientras mi papa (*Sic: sin acento.*) estuvo fuera. (*Explicando la situación y justificando.*) ¡Hombre, él que estaba solo porque su hijo, el Chuli, que es medio plas mío, por parte de madre, se había marchado al Tercio, y además sin mujer ninguna para su avío, y mi madre que estaba sola por la desgracia que ya he dicho; pues no tiene nada de particular, creo yo, que se ajuntaran otra vez hasta ver en qué paraba lo de mi bato! ¿Es cierto o no es cierto? Que yo no sé lo que harían ni lo que no harían, pero es el caso.

PACO.— (*Que no lo ve muy claro.*) Según lo dices, se comprende... Y cuando salió tu padre, ¿qué pasó?

ROGELIO.— Hombre, no digo yo que no hubiera unas palabras, pero, vamos, en plan de parentesco, ¿entiendes?, y en plan, más que nada, de armonía. El caso es que nos tuvimos que ir, porque la casa era del Ciego y todo eso. Que es cuando vivimos debajo de la lona, ahí junto al Abroñigal, hasta que arreglamos lo de la chabolita, que es cuando mi madre cayó ya mala con lo suyo. Que yo con mi padre no, y me escapé de casa.

PACO.— ¿Cómo que tú con tu padre no?

ROGELIO.— Que no, vamos, que no, a ver si me entiendes. Que no me llevaba ni me llevo; y además que al muy animal, manco y todo como está de una paliza, que ya lo conocéis, le dio, al muy sanguino, por arreararme con un palo en cuanto yo hacía alguna —nada, cosas de chavales—, y me traía

mártir. Bueno; en fin, etcétera, etcétera. Y lo que pasa, yo lo sé: que abusaba demasiado de la bebida blanca y está de aquí. (*Por la cabeza. El CARBURO, que estaba silencioso y no parecía escuchar, se pone a reír de pronto.*) ¿A qué viene esa risa? (*El CARBURO ríe.*) ¡Chico, es que no le comprendo! A veces tiene usted cosas que le dejan a uno frío. Esto no es de reírse, creo yo.

CARBURO.— Sí, hombre, es que pienso otra cosa. (*Ríe.*) Que me acuerdo de un día por la parte de Cebreros, que nos encontramos casualmente; que yo había ido a vender un gel con el Madruga y que queríamos comprar un gras para carne y una choró para vida, o sea, para el Tuerto, que le habían robado el enganche se conoce que unos gitanos que acamparon ahí por la Colonia de los Socialistas. ¡Sí, hombre!, ¡si se tiene que acordar!; que nos estuvimos jarreando a gusto y yo perdí al Madruga, que el hombre se conoce que se vino para Madrid con su bestia y que usted y yo acabamos en San Martín de Valdeiglesias, chuleando a un julay de Talavera que tenía una tajada de aquí te espero el hombre.

ROGELIO.— (*Ríe.*) ¡Haberlo dicho! (*Como si el CARBURO no hubiera dicho nada.*) Que nos gastamos los últimos cuatro barés en dos garrotas y nos dimos una paliza de miedo, que si jugando que si no jugando. (*Ríen.*) ¡Sí, hombre! ¿Quién no se acuerda?

CARBURO.— Y que luego, a las afueras, esparrabamos una burda para sornar un poco hasta que clareara, que caía pañí de miedo, ¿se recuerda?, ¡y que a media noche aparecen los picos!, y que nos piden los machiris, y que no llevamos, y, claro, al no llevar, que nos meten en el combo los tíos y pim-pam, pim-pam; y todo, ¡a ver!, porque el manús de la cobay que era un chota, humedoso como la madre que lo parió, nos había junado en el bar y luego guipó lo de la burda y se chivó el joputa al arajay de la cangrí, y éste, claro, ¡a la pasma que se fue con el cuento! ¿No se recuerda, usted, compadre? ¡Son cosas que, a ver! ¡Pero en fin! ¡Era uno joven y podía con todo!

ROGELIO.— (*Reconstruye.*) Que luego no sé quién, medio muertos que íbamos, nos diñeló media cirila prestada, allí en el pueblo. Ah, sí, ya me recuerdo, uno del trile que usted lo conoció en el maco cuando estuvo, que era tronco del Huevo Federico con aquello del cuento largo.

CARBURO.— (*Asiente.*) El Momia, claro, el Momia que estaba haciéndose las ferias y le iba bien al hombre, que manejaba pasta de buten el mucha-

cho, ya me acuerdo. (*Sigue la ilación.*)... Que usted se marchó con una ja fenómeno que andaba de feriante con unos titiriteros, y que usted decía que la había conocido en Tánger; que era calé, me acuerdo.

ROGELIO.— (*Ríe.*) ¡Un rollo! ¡Que voy a conocerla! Pero así, con el cuento, me pirabé a la chai por la geró y encima ella feliz y entodavía me dio para café, qué risa, y yo chamullando romaní y enrollándome a gusto con ella, bacilando de miedo, qué cosa más grande. Y ella que de pronto me mira, y que dice que se siente chungaló; y yo: ¿pero por qué, muchacha?; y ella que se echa a llorar, y que si me las piro sin ella soy un payo traidor y que me mata. Ay, qué risa, compadre.

CARBURO.— Era chachi aquel tiempo. No se ha pasado mal del todo, ¿a que no? La vida...

ROGELIO.— ¡Hombre! Ha habido ratos que..., en fin. Ha habido ratos. (*Silencio. Parece como si todo volviera a ensombrecerse.*)

CARBURO.— (*A LUIS.*) Danos de beber tú, Luis. (*Luis sirve a los dos.*)

PACO.— (*Ofendido.*) ¿Y yo qué? ¿De miranda?

LUIS.— (*Malhumorado.*) Perdona. ¡Yo qué sé! (*Le sirve. Ve algo fuera. Avisas a ROGELIO.*) Oye, Rojo, que ahí viene tu familia. A ver cómo te portas.

ROGELIO.— (*Como rechazando una amenaza.*) ¡A mí qué! Que vengan. A mí qué.

PACO.— Compórtate, Rogelio, que es tu padre.

LUIS.— Pues del cementerio no vienen a estas horas. (*Pausa con expectación. Llegan, enlutados, CIRIACO —es manco—, el MACHUNA y la VICENTA, que lleva un crío en brazos y un pañuelo negro en la cabeza. Al entrar hay un respetuoso silencio que por fin rompe LUIS.*) Les acompaño en el sentimiento. (*Murmullo general de pésame.*)

CIRIACO.— (*Fúnebre.*) Gracias, Luisito. Gracias.

LUIS.— A refrescar un poco, ¿no?

CIRIACO.— Sí, hijito, a refrescar un poquejo, a ver qué vida.

LUIS.— ¿Qué toman?

CIRIACO.— Unos botellines. ¿Tú, Vicenta?

VICENTE.— Una Mus.

LUIS.— ¿De naranja?

VICENTA.— (*Meciendo al crío.*) Bueno.

MACHUNA.— (*Es el primero que ve a ROGELIO.*) Rojo, ¿tú aquí?

ROGELIO.— Ya ves.

MACHUNA.— Te acompaño en el sentimiento, hombre. (*Le da la mano.*)

ROGELIO.— Gracias.

MACHUNA.— Saluda a tu padre, que es tu padre.

ROGELIO.— Que me salude él a mí, no te fastidia.

MACHUNA.— ¡Hombre! Creo que es un día.

ROGELIO.— El dijo que me dijeran una frase. Y me la han dicho.

MACHUNA.— ¡Qué frase ni qué frase! ¡Yo creo que es un día! Ciriaco, aquí tienes al chico. ¡Daros un abrazo y fuera! Hacerlo por la pobre que ya está muerta. Que no se diga.

CIRIACO.— (*Sin mirar a ROGELIO.*) No te metas, Machuna. Déjalo correr.

VICENTA.— (*Acunando al chico.*) Pero no seas burro, Ciriaco. Que es tu hijo después de todo, y más en un día como hoy, que hemos enterrado a la Cosmopolita, la pobre, con tantísimo que ha sufrido.

CIRIACO.— ¡Yo le mandé decir que se olvidara de su padre! Y cuando Ciriaco dice una cosa, vale para los restos de la vida. Llevarse me el rodas es lo último. Pero lo último, y que no.

MACHUNA.— Pero, pedazo de animal, ¿no comprendes que esta vez si no se las da el chico, con rodas o sin él, lo agarran y se chupa un marrón en Carabanchel? ¿O es que te crees que se ha ido al Jarama de excursión?

CIRIACO.— Pero venir a la taberna, eso sí, ¿verdad? Venirse a la taberna, eso sí vale.

ROGELIO.— ¡Como si a usted no le gustara, no te mea! Me hace gracia mi padre. (*A la concurrencia.*)

CIRIACO.— ¡Hijo, hijo, ten un poco de respeto, que te cruzo la cara! ¡Mira que te la cruzo! Que no miro que soy tu padre y te la cruzo.

PACO.— ¡Cálmese, por favor, señor Ciriaco! El muchacho ha venido para el entierro; sólo que no ha llegado a tiempo el hombre. Ésa es la verdad. A ver si no. Tú, Luis.

LUIS.— A mí dejarme. Y tú no te metas, chalao, que es peor. Déjalos con sus cosas.

VICENTA.— (*A ROGELIO.*) ¿No preguntas por tu madre, Rojo?

ROGELIO.— Ya sé que se ha muerto.

VICENTA.— Claro que se ha muerto; pero, a ver, se puede morir de muchas formas; y en los hijos está enterarse, creo yo. Al menos en mis tiempos un hijo preguntaba; muy diferente de ahora.

ROGELIO.— El caso es que se ha muerto, ¿no? Y que por mucho que se diga, ya se puede gritar, que no se resucita. ¿O digo tonterías? ¿Eh?

VICENTA.— ¡Pobrecilla! ¡Allí la hemos dejado! (*Hipa.*) Todavía me parece que la estoy viendo, tan alegre que era en otros tiempos.

MACHUNA.— No empieces otra vez, Vicenta.

PACO.— Es lo que yo digo: que las mujeres debían ser como antes, que no iban al cementerio. Sólo que ahora...

CARBURO.— ¡Hombre! También los tiempos cambian.

PACO.— Ya. Pero lo que debe ser de una forma, debe ser de esa forma, y no hay que darle vueltas, Carburo; que yo no trago.

CARBURO.— Si yo no digo ni que no ni que sí; pero digo que los tiempos cambian, esté bien o esté mal; pero que cambian, a ver si me entiendes.

PACO.— ¡Pues que no cambien tanto! ¿Sabes lo que te digo? ¡Que no cambien tanto!

CARBURO.— ¡Y a mí qué me cuentas! Son cosas de la vida.

MACHUNA.— Callarse, coño. ¿No veis que el Rojo se está poniendo malo?

PACO.— ¿Qué te pasa, Rogelio?

CARBURO.— Sacarlo ahí, que le de un poco el fresco y se le pasa.

LUIS.— Lleváoslo a la chabola, que será mejor, y más tranquilo.

VICENTA.— Qué va, Luisito. Las chabolas son un horno ahora y no hay quien pare.

PACO.— Aquí a la fresca. Rogelio, majo, ámate.

ROGELIO.— Ni me animo ni no me animo.

CIRIACO.— (*A LUIS.*) Qué tragos, Luisito.

LUIS.— Señor Ciriaco, usted que es un hombre, llévase a su hijo de aquí, que me está comprometiendo.

CIRIACO.— A ver si le parten el güito de una vez. Es cosa mala, Luisito; lo digo yo, que soy su padre, vamos, o por lo menos en mi casa ha nacido; sin ofender a la difunta.

LUIS.— Lo que yo digo, señor Ciriaco, es que, si se lo parten, a ver si se lo pudieran partir en otro sitio, el güito, me refiero. Usted tiene que comprender mi situación, señor Ciriaco, que es un poco delicada, ¡que me juego el negocio, en una palabra, señor Ciriaco!

CIRIACO.— Te comprendo, Luisito. Anda, dame un chato de cazalla, que estoy seco con tantas emociones como he tenido en todo el día. Imagínate que se me querían llevar a la Cosmopolita al Depósito de Cadáveres, allí en el General.

CARBURO.— ¿Y eso? (*El crío de la VICENTA se pone a berrear.*)

CIRIACO.— (*Molesto por el ruido.*) No puede uno ni expresarse.

VICENTA.— ¿Y qué quieres que haga?

CIRIACO.— (*Se encoge de hombros.*) Ah, yo no sé. Tu marido que diga lo que cumpla.

MACHUNA.— Nájate para el quel, que ya voy yo, Vicenta.

VICENTA.— Eso no te lo crees ni tú, quedarte aquí con éstos.

CIRIACO.— (*Le tiende la cazalla.*) Dale una gota, a ver si se conforma.

VICENTA.— (*Le administra con cuidado el aguardiente. El crío se calla.*)
Le gusta cosa mala.

MACHUNA.— (*Orgullosa.*) Va a salir a su padre.

PACO.— ¿Pero es chico?

MACHUNA.— (*Ríe.*) Míralo a ver.

PACO.— Creí que habíais tenido una rajita.

MACHUNA.— Qué va, muchacho.

CARBURO.— (*A CIRIACO.*) ¿Qué ha sido eso del Depósito?

CIRIACO.— ¡Ah! Que decían que ésa no era forma de morirse; yo qué sé.

CARBURO.— ¿Cómo que no era forma de morirse?

CIRIACO.— (*Se bebe la cazalla. A LUIS.*) Dame otra, que se la ha trincado toda la criatura. (*LUIS le sirve.*)

CARBURO.— A mí una caña de tinto, pero con un poco de pañí, me haces el favor. (*LUIS le sirve una caña de vino con agua de seltz.*) Esto es un chaparrón. A ver, toda la tarde aquí, se enrolla uno.

CIRIACO.— Yo estoy a base de cazalla y cerveza, cazalla y cerveza... Parece que no, pero eso te da fuerzas y te sientes mejor; entona.

CARBURO.— Pero por fin no se la han llevado al Depósito, ¿a que no? (*Queriendo enterarse del asunto.*)

CIRIACO.— Antes tienen que pasar por mi cadáver. ¡De eso nada!

MACHUNA.— A mí darme una marabunta de lo mío.

PACO.— ¿Y qué es eso de la marabunta?

MACHUNA.— Es a base de coñac, anís, pipermín, cerveza, vino, ginebra y todo lo que haya en el bar, un poco de cada botellita. Mi abuelo lo llamaba beber de la lata.

PACO.— Y explotas.

MACHUNA.— Qué va.

CARBURO.— Oye, tú. Dame un boquerón frito. (*LUIS se lo da. El CARBURO lo sopla.*)

LUIS.— (*Extrañado.*) Si no está caliente. ¿Qué haces tú?

CARBURO.— Es para quitarle el polvo. (*Rien.*)

CIRIACO.— (*Como si alguien se riera en un funeral.*) O hay un respeto o no hay un respeto, digo yo.

CARBURO.— Usted perdone, señor Ciriaco; pero después de todo estamos en un establecimiento público y además taberna.

MACHUNA.— Venga, marche esa barabunta.

LUIS.— Allá tú. Ya eres mayorcito. (*Le prepara la mezcla.*)

CARBURO.— ¿Y qué pasaba? ¿Qué la señora Cosmospólita ha muerto en malas condiciones? ¿Cómo es eso?

CIRIACO.— (*Evasivo.*) Nada, papeleos de esa gente, que no saben ya ni qué inventar.

CARBURO.— ¿Cuándo murió ella?

CIRIACO.— El viernes, o séase, ayer por la tarde, pero en realidad es que falleció antes; sólo que no nos dimos cuenta, que es por lo que vino todo el jaleo.

CARBURO.— ¡Joder!, eso sí que es raro.

CIRIACO.— ¡De raro, nada! Que el jueves, cuando volví por la noche, estaba espatarrada la mujer allí en el suelo; y yo fui y, claro, con toda mi buena voluntad, pues la acosté en la cama sin que volviera en sí; y un poco fría y con sudores sí que andaba, pero yo pensé que era un mareillo de los suyos.

CARBURO.— ¿Y no se le ocurrió llamar al médico?

CIRIACO.— ¿Para qué si era de lo suyo?

CARBURO.— Ah.

CIRIACO.— Así que me salí a dar una vuelta y estuvimos con aquí mi hermano el Machuna y otros, ahí en el Club 28, que por cierto nos clavaron de miedo por unas copas, hasta la una o las dos serían cuando volví a casa y me acosté con una toña de miedo; que yo lo reconozco.

CARBURO.— ¿Y la señora Cosmospólita?

CIRIACO.— Seguía durmiendo, en mi opinión.

CARBURO.— ¡A ver si lo que estaba es muerta desde por la tarde! Que a veces pasan cosas.

CIRIACO.— ¿También tú?

CARBURO.— Ah, yo no digo nada.

MACHUNA.— (*Bebiendo su mezcla.*) ¡Pues si no dices nada, no digas nada, no te mata!

CIRIACO.— Tú no intervengas. (*Al MACHUNA.*)

CARBURO.— (*Al MACHUNA.*) ¿Y qué digo yo? ¡Anda éste!

CIRIACO.— Así que, sobre eso de las seis, me levanté para trabajar, que ahora le echo una mano a Pepe el de la Busca en escoger el trapo y en llevar a venderlo, y me marché creyéndome que la Cosmospólita seguía durmiendo tan tranquila, pero por lo visto, según dicen, ya estaba muerta desde la tarde anterior; y, claro, yo no lo descubrí hasta la tarde posterior, cuando volví del curro.

CARBURO.— ¿Y cómo no la han enterrado esta mañana? Con este calor, estaría descompuesta la mujer.

CIRIACO.— No creas. Se ha conservado bien con dos barras así, de hielo, en plan como si fuera el Depósito. Claro que si no se la han llevado ha sido por mis buenas influencias, y sobre todo por mi amistad con Paco el Nariz, ese que fue sargento de la División Azul. ¡Pobrecilla mía! (*Lloriquea.*) Me he quedado con esta sortijita suya como recuerdo de una vida. ¿Qué voy a hacer ahora yo, solanas? ¡Ay, madre mía, qué desgracias ocurren!

PACO.— ¿Es de oro? Digo la sortijita, que si es de oro.

MACHUNA.— (*Ofendido bajo los efectos de cóctel.*) Sí, comprado en la joyería El Serrín, ¿no te fastidia, aquí el amigo?

CIRIACO.— ¡Qué calor hace!

PACO.— Sí.

CIRIACO.— Y eso que estamos en agosto.

PACO.— Pues por eso.

CIRIACO.— «Agosto, frío en rostro.» Claro que eso era antes de las bombas atómicas y todo el cachondeo que se traen por la atmósfera.

PACO.— Ahora todo anda revuelto, es verdad. Yo ando así medio chungo desde hace cuatro días.

CIRIACO.— ¡Y quién no con este tiempo! Luisito, danos la penúltima.

VICENTA.— Di que no, Luis; no les des más, que ya tienen bastante.

MACHUNA.— Tú te callas, que estás más guapa calladita. Oye, ¿qué tiene el niño?

VICENTA.— ¿Qué va a tener?

MACHUNA.— ¿Está dormido?

VICENTA.— ¡Pues a ver! Es mano de santo, la cazalla. Se ponen borrachitos y la duermen tal que si fueran un mayor. A mí una Mus de Limón, que esté bien fría.

MACHUNA.— ¿Y tú, Rogelio? ¿Qué haces ahí tan calladito? ¿No dices nada, tú?

ROGELIO.— (*Con lengua torpe, ojos turbios.*) Luego todo se sabe.

CIRIACO.— Calla, mal hijo.

ROGELIO.— (*Da un respingo.*) Padre, que le endiño, que usted no me conoce.

(*Se tambalea.*)

CIRIACO.— Te daba así.

ROGELIO.— Eso era antes. (*Se tambalea.*) Ahora su menduna es un hombre, papa. (*Sic: sin acento.*)

MACHUNA.— Ciriaco, deja ya al chico, que no está en condiciones.

CIRIACO.— Borracho, golfo.

ROGELIO.— Lo que usted me ha enseñado, verdugo, que es usted un verdugo.

CIRIACO.— Caradura, chusquero.

ROGELIO.— Mal padre, soplapitos.

CIRIACO.— Golferas, pinchaúvas.

ROGELIO.— El pinchaúvas lo será usted; no insulte.

CIRIACO.— Cabrito, robaperas.

ROGELIO.— ¡Padre, que me pierdo! ¡Que le arreo una así, sin mirar que es mi padre! (*Arremete contra su padre y va a caer en brazos de alguien que entra: es LOREN, el Ciego de las Ventas. Lleva gafas negras y bastón. Va acompañado del TIRITERA y el CHULI.*)

LOREN.— ¿Adónde vas, Rojito?

ROGELIO.— ¡Tío, voy a matar a mi padre! ¡Sujétame, que voy a hacer alguna!

LOREN.— Precisamente vengo yo en su busca. Tente derecho. (*Trata de colocarlo.*)

CIRIACO.— ¿Qué es lo que me quieres? ¿Eh, tú? Aquí estoy. ¿Qué pasa?

LOREN.— El objeto de mi venida aquí con éstos es pedirte que te expliques, ¿eh?, pero correctamente.

CIRIACO.— A ver de qué me explico yo y con qué derecho tú me lo pides, que yo quiero saberlo.

LOREN.— Asesino, ¿qué hablas tú de derecho si estás más torcido que mi alma? La Cosmospólita era la madre de mi hijo Chuli aquí presente, y eso da algún derecho, vamos, creo yo. Pero además traigo como testigo a su hermano el Tiritera, que está de acuerdo.

MACHUNA.— ¿De acuerdo en qué, vamos a ver? A ver si os explicáis, puñeta.

TIRITERA.— Tú no te metas, Machuna, que tú no eres pariente propiamente de mi hermana, que en paz descanse.

LOREN.— Venimos al caso de que la Cosmospólita no ha recibido lo que se llama asistencia médica, y de que eso os nombra a todos vosotros de criminales. (*Grita.*) ¡Que la habéis matado, canallas! ¡Hablando en plata, asesinos! ¡Que la habéis matado entre todos vosotros!

MACHUNA.— ¿Entre todos nosotros: quiénes? A ver, ¿nosotros quiénes?

TIRITERA.— Tú no te metas.

LOREN.— Entre todos vosotros-vosotros, y no quito a ninguno, mala ralea de cabrones! ¡Alguno tenía que defender a esa pobre mujer, y aquí está este ciego, so guarreras! ¡Que la habéis dejado morir como si fuera un perro!

MACHUNA.— ¡Lo que la ha matado es su propia desgracia, y no me hagas hablar, a ver si te enteras! ¡Que la priba se la ha llevado (*Ademán de beber.*) más que cosa ninguna!

CIRIACO.— ¡Un respeto, Machuna, que te embalas! ¡Ten un respeto!

LOREN.— (*Parece también embriagado y grita al cielo.*) ¡Qué desgracia tan grande, pobre Cosmospólita mía! ¡Descansa en paz! ¡Eras la chai más presumible de Guadalajara! ¡Yo te quise legal, pero luego se te llevó este zorro con sus malas artes! ¡Dime quién te recogió endespúés, cuando te quedaste en la puta calle por la mala cabeza de este manco! ¿Y quién le mandaba al manco su tabaco, su poco de manduca y su peculio cuando pernoctaba de criminal en el estaribó del Puerto? ¡Quién salió de fiador ante el baranda? ¡El Ciego de las Ventas, el cual tiene más corazón que cara, y ya es decir, porque de cara tengo un rato, y ya sé que se sabe! Que tengo más cara que vergüenza.

CIRIACO.— ¡Y que lo digas, falso ciego, que diquelas más que un telescopio y engañas a la gente para que se compadezca!

LOREN.— ¡Qué dices tú de mí, bandido! ¡Me levantas falso testimonio! ¿Qué pretendes? ¿Quitarme el pan de la boca con esa denuncia de falsario? ¡Un poco sí que veo, es verdad, pero también lo es que estoy perdiendo la poca vista que me queda y que pronto estaré para los veinte iguales! ¡Mira cómo tengo los ojos, (*Se quita las gafas.*) que parece que lloran y es que me supuran!

CIRIACO.— (*Con asco.*) ¡Quita allá, quita allá, pitañoso, que te vas a cegar tú mismo con esos ácidos que te refriegas por los clisos para que se te hagan las úlceras y dar más pena al respetable!

LOREN.— ¡Repórtate, macarra, que te mullo!

CIRIACO.— ¡Que te muerdo la nuez y te la escupo! ¿No te amuela?

LOREN.— ¡Qué vas a morder tú si se te han caído los piños por falta de uso, muerto de hambre, que eres un muerto de hambre, y un chalao!

CIRIACO.— *(Como si hubiera recibido el peor insulto posible, grita furiosísimo.)* ¿Muerto de hambre yo? Con eso firmas tu sentencia. *(Rompe una botella y ataca al ciego con el casco: el CARBURO se lanza y le coge del brazo.)* ¡Esa calumnia te la tragas como que me llamo Ciriaco Sánchez Galeote; ponte en guardia!

CARBURO.— ¡Señor Ciriaco! ¡Cuidado, señor Ciriaco, que no vale la pena!

CIRIACO.— ¡Carbuero, no te metas tú! ¡Retírate!

ROGELIO.— *(No se da cuenta de la situación.)* Papa, ¿qué te hace el Carbuero? ¿Qué te hace? *(Como si no viera nada.)*

MACHUNA.— Quieto tú, Rogelio, quieto tú.

ROGELIO.— *(Tratando de desasirse.)* Déjame, tío Machuna, que me lo cargo a ése.

CIRIACO.— ¡Hijo, no dejes que maten a tu padre!

ROGELIO.— ¿Quién está matando a mi padre, por ahí? ¿Eres tú, Carbuero? ¿Eres tú, malasangre? *(Se lanza contra el CARBURO y le pega un botellazo en la cabeza, que le empieza a sangrar copiosamente. Loco de furia y medio cegado por la sangre, el CARBURO abre su navaja y se lanza contra ROGELIO.)*

CARBURO.— ¡De ésta no escapas que te mate! ¡Ahora te rajo! ¡Que te rajo lo saben hasta en Almería!

ROGELIO.— *(Ríe estúpidamente y alza los brazos como si le fuera a poner banderillas.)* ¡Entra! ¡Entra! *(El CARBURO lo apuñala en el vientre. ROGELIO grita con súbito espanto.)* ¡Ay, madre mía, me han matado! ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Ay, madre mía; que me ha matado el traicionero! ¡Me ha degollado y no me tengo de pies, qué malito me siento! ¡Llevadme a una cama, que no la quiero diñar en la taberna! ¡Deprisa, que se me sale esto! *(Por la tripa.)* ¡Ponedme algún vendaje! *(Todavía da unos pasos encogido, como un toro herido de muerte, y por fin se desploma. El CHULI se lanza contra el CARBURO y lo sujeta.)*

CHULI.— ¡Que no se escape! ¡Aquí lo tengo!

MACHUNA.— ¡Déjalo que se vaya! ¡No ha sido nada! ¡Déjalo! *(El CHULI lo suelta.)*

PACO.— Márchate, Carbuero, que te la cargas. Escóndete como puedas, que nosotros cuidamos de Rogelio.

CARBURO.— ¡Yo no quería! ¡Yo no quería, pero un hombre es un hombre! (*Se toca y se mira las manos ensangrentadas.*) ¿Me ha hecho mucho?

MACHUNA.— No ha sido nada. Vete. Vete. (*El CARBURO sale corriendo y monta en la moto. No arranca. PACO le ayuda, le empuja. Arranca por fin. LUIS está llamando por teléfono.*)

LUIS.— (*Pálido, muy nervioso.*) ¿El 091? Aquí es la taberna del Gato Negro en el Barrio de San Pascual. Hay un herido... En una bronca; yo estaba despachando. Junto al Tejar de Lucio. Es... (*Se ve que la Policía ha colgado. Cuelga él. El ruido de la moto se aleja. El TIRITERA atiende a ROGELIO.*)

TIRITERA.— ¡Ha sido aquí en la tripa! ¡Tiene todo esto lleno de sangre!

LUIS.— ¡Llevarlo a la casa de socorro!

CIRIACO.— No será nada.

PACO.— También que estaba muy borracho y la calor.

CHULI.— Y la coñac que tiene encima. Ayudarme. (*Se echa un brazo de ROGELIO por el cuello y lo levanta.*)

VICENTA.— (*Grita de pronto con horror.*) ¡Pero si está muerto! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Está muerto y bien muerto el pobrecito! ¡No lo toquéis, que puede venirnos un disgusto! ¡Miradle cómo tuerce la boca, y es de su propia defunción!

MACHUNA.— ¡Qué va a estar muerto! ¡Cállate tú; no metas más la pata! ¿No dice que está muerto aquí la lista?

LOREN.— Llevarlo a una casa y lo curáis vosotros. Es mejor evitar.

MACHUNA.— Es que éste (*Por LUIS.*) ha llamado al 091. Así que a ver qué hacemos.

LOREN.— ¿Es verdad eso, Luis?

LUIS.— Sí, ¡qué pasa!

LOREN.— (*A LUIS, con odio.*) Ajustaremos cuentas, te lo sentencio. (*A los demás.*) Ahora coger al Rojo con cuidado, y maricón el último. (*Entonces, de pronto, quedan todas las figuras inmóviles en sus actitudes cuando van a recoger a ROGELIO, como si bruscamente se hubiera parado la película. Despacio, sobre este cuadro de figuras inmóviles, va haciéndose el oscuro. Un proyector ilumina la figura del AUTOR, que se dirige al público:*)

EPÍLOGO

MOMENTO I

El AUTOR cuenta el desenlace de la historia.

AUTOR.— Rogelio el quinquillero murió poco después
en su chabola del Tejar.

¡Yo diría más cosas de su muerte
pero es mejor no hablar!

Al alba lo condujeron al Depósito
en un oscuro y funeral furgón,
y yo asistí al entierro al otro día
con alguna emoción.

Lo enterraron a un paso de su madre.
(Apenas hay un paso.)

¡El Rogelio asistió al entierro muerto él mismo
y con cierto retraso!

MOMENTO II

Comentario sobre la huida del CARBURO.

*(El AUTOR se transforma en un hombre vulgar del barrio
para decir:)*

El Carburo en la moto
salió de naja rápido.

Está en busca y captura.
Que le echen un galgo.
¡Cómo sabe escaparse
la gente del estaño!
Cuando no andaban huidos
es que van escapando.

(Transición al:)

MOMENTO III

Noticia de prensa

(Ahora el AUTOR saca un recorte de periódico. Mueve la boca como si nos lo leyera mientras el texto se proyecta en el foro o en una pantalla, con un fondo sonoro de publicidad radiofónica.)

«Arreglo de cuentas entre dos bandas de quinquilleros. En un bar del barrio de San Pascual (Ventas), se produjo anoche una reyerta entre dos bandas rivales de “quinquis”, en la que resultó muerto por arma blanca Rogelio Sánchez Pérez (a) *el Estañador* o *el Rojo*, el cual estaba perseguido por la Policía como sospechoso de complicidad en el asesinato del guardia civil Felipe Pérez Grande. El asesino se dio a la fuga en una moto, pero la Policía y fuerzas de la Guardia Civil siguen estrechamente su pista. Se trata de Ruperto Valiente López (a) *el Carburo* y parece ser que va armado con una metralleta.»

(El AUTOR guarda el recorte al ser retirada la proyección. Ahora se pone unas gafas negras y una boina y recita o canta como un ciego.)

MOMENTO IV

Cuento de miedo.

AUTOR.— Era Luis el de Las Ventas
un tabernero modesto.
Se quedó muy preocupado
al suceder el suceso.
Al quedarse solo el hombre
en el lugar del siniestro
vio que su pobre taberna
se parecía al infierno.

(La taberna se ilumina en rojo.)

Por la puerta del retrete
Rogelio en forma de espectro
con un cuchillo en el vientre
y el cráneo roto y abierto
salió abrochándose el hombre
la bragueta muy correcto.

(En efecto, el espectro de ROGELIO sale del WC. Tiene la cabeza rota y un cuchillo clavado en el abdomen. Viene abrochándose el pantalón como si acabara de orinar. LUIS alza las manos al verlo como una marioneta, mostrando terror.)

¡Ay qué espantosa visión!
¡Ay qué terrible momento!
¡Qué cuerpo tan torturado,
todo disforme y sangriento!
¿Qué te pasa, tan hinchado?
¿Te ahogaste en un pozo negro?
¿Sales de una alcantarilla?
¿O es que yo tengo un mal sueño?
¿Te vomitó una cloaca?

¿Qué quieres?, di, pobre muerto.
«Dame de beber, Luisito»,
dijo tranquilo el espectro.

(El espectro dice a LUIS, con una sonrisa horrible, algo que no se oye. LUIS, con la cara blanca, le sirve una copa.)

MOMENTO V

La verdadera muerte de ROGELIO el estañador.

(El espectro bebe, y ríe con una risa hueca, que no se oye o que resuena extrañamente. La risa, ahora, se transforma en una mueca de horror al oírse, de pronto, un golpe de clarines y timbales como en las corridas de toros. Una pausa, y, lentamente, con paso procesional, llega LA PAREJA DE GUARDIAS. Llevan máscaras que figuran calaveras, capas negras hasta los pies y guadañas en lugar de su armamento. ROGELIO, muy lentamente, va alzando los brazos, en actitud de entregarse. Entonces entran más espectros con máscaras; la amarilla del Hambre, la ciega o sin ojos de la Incultura, la crispada del Terror y el Sufrimiento, la hinchada de la Enfermedad, la morada del Frío. Todos los espectros van armados con fusiles ametralladores y forman el «Piquete de Ejecución y Cortejo de la Muerte de Rogelio». El Espectro del Terror lo esposa con las manos atrás. La máscara ciega le venda los ojos. El Piquete forma. A un toque de clarín, ROGELIO es fusilado con una descarga cerrada. Se oye un enorme «ole» y el cuerpo de Rogelio cae rodando. Un espectro se acerca y lo apuntilla. Lo atan con unas cuerdas y lo arrastran fuera de escena mientras suena un pasodoble y una voz grita desde un palco: «Quinquillero de mierda». El AUTOR, cuando el cortejo ha desaparecido, se quita las gafas y la boina.»)

MOMENTO VI

Vuelve la normalidad.

AUTOR.— Qué cosas tan extrañas
pasan aquí,
pensó Luis al instante,
volviendo en sí.
«Voy a tomarme
un poco de aguardiente
para animarme.»

(La taberna ha vuelto a la normalidad. LUIS la reconoce con cómicos aspavientos de cine mudo. Todos sus gestos ya, hasta su desaparición, evocarán las imágenes del viejo celuloide. Se toma una copa de aguardiente y sonríe aliviado. Coge una escoba y se pone a barrer. De pronto, al barrer bajo la mesa, tropieza con el CACO que duerme allí, borracho. Lo coge por los brazos y lo arrastra como un fardo a la calle y allí lo deposita medio recostado en la fachada.)

MOMENTO VII

Cierre de la taberna y despedida del AUTOR. «Se ruega al público que no abandone el local. Queda una escena.»

AUTOR.— Hora de echar el cierre
y hasta mañana.

(LUIS echa el cierre con un golpe violento y desaparece de nuestra vista.)

Yo voy a acompañarle
de buena gana.

Quédense ustedes,
que tiene cierta gracia
lo que ahora viene.

(Música y oscuro total a la taberna y sobre el AUTOR.)

MOMENTO VIII Y ÚLTIMO

Diálogo tomado del natural entre dos hombres de nuestro tiempo.

(Entonces se remueve el CACO. Se incorpora dificultosamente y queda decididamente sentado, apoyado en la pared. Entonces se oye algo que parece un llanto de niño.)

CACO.— *(Asustado.)* ¿Eh? ¿Qué es eso? *(El llanto sigue.)* ¿Quién llora por ahí? ¿Hay un niño llorando o es un cabrón de gato que maúlla» *(Vacilante trata de localizar al que llora. En el foso se oye la voz de BADILA.)*

VOZ DE BADILA.— ¡Me he perdido! ¡No sé dónde estoy! ¡Socorro! *(Llora. El CACO se asoma al borde del foso.)*

CACO.— Badila, ¿eres tú?

BADILA.— Sí. ¿Tú quién eres?

CACO.— El Caco.

BADILA.— Sácame de aquí. No sé qué hago metido en este hoyo. ¿Qué hora es? ¿Dónde estoy? ¿A cuántos estamos?

CACO.— Yo tampoco lo sé, Badila.

BADILA.— Sácame de aquí.

CACO.— ¿Y si me caigo yo?

BADILA.— A ver, dame la mano un poco.

CACO.— Estoy muy malo.

BADILA.— Yo tengo mucho frío.

CACO.— Yo estoy sudando y todo me da vueltas.

BADILA.— Yo no sé lo que me pasa, pero es algo con frío. Estoy tiritando.

CACO.— A ver, cógete de esta mano.

BADILA.— Gracias, chato, qué majo eres. *(Le coge la mano. El CACO está a punto de caer al foso. Juego sobre esta operación de salvamento, a*

montar por el director. Por fin, el CACO consigue extraer al BADILA y, agotados, se recuestan los dos en la pared. Pausa.) Caco.

CACO.— Qué.

BADILA.— Me estoy muriendo, chaval. Me estoy muriendo.

CACO.— No te mueras, ahora, ten un detalle. Aguántate un poco hasta mañana que amanezca.

BADILA.— Es que no puedo. Me muero superiormente a mí.

CACO.— Si te mueres es un compromiso para mi persona, Badila. Aguántate, hombre, no te emperres.

BADILA.— Las cosas vuelan, vuelan.

CACO.— Estás muy mal, Badila. Aquí no vuela nada o yo estoy ciego.

BADILA.— Vuelan, vuelan, hijito, como pájaros. Suben y bajan, vuelan, las muy cabronas.

CACO.— Pobre Badila.

BADILA.— Tengo mucho frío.

CACO.— Te busco unos papeles en el vertedero y te tapas. Espérate un momento.

BADILA.— ¡No te me escapes ahora, Caco mío! ¡No dejes que me muera solo, Caquito, arrejúntate a mí. Préstame el calorcete de tu cuerpo.

CACO.— Te lo juro, que vuelvo. Te lo juro de verdad, Badila. Que me muera aquí mismo. *(Tambaleándose llega al vertedero. Busca. Encuentra una gran pizarra medio rota que tiene algo escrito con tiza. Vuelve con ella junto al BADILA. Se la muestra.)*

BADILA.— ¿Qué es eso?

CACO.— Una pizarra, que será, seguro, de la basura del colegio. Debe valer un rato, casi nueva que está. En la trapería nos darán para copas. Mañana la vendemos, o pasado, o cualquier otro día, que tú estarás vivito y coleando. *(Pone la pizarra a la luz. Se ven las letras. Con letra inglesa, escolar, dice: «Mañana será otro día».)*

BADILA.— ¿Qué dice ahí?

CACO.— *(Se encoge de hombros.)* Yo no sé leer, majo. Cualquiera sabe lo que dice. Cosas de los chavales, seguramente.

BADILA.— *(Con súbita tristeza, exclama suspirando.)* ¡Qué pena! ¡Ay, Dios mío, qué pena!

CACO.— ¿Por qué qué pena?

BADILA.— ¡Qué pena, qué pena, madre mía! Se me saltan las lágrimas.

CACO.— No llores, Badila, que me vas a hacer llorar a mí. Pórtate como un hombre.

BADILA.— ¡Es que me da pena, y no me aguanto!

CACO.— Pero ¿a qué te refieres, coña?

BADILA.— (*Enfadado.*) ¿A qué va a ser, muchacho?

CACO.— (*Fino.*) Explícate, carape.

BADILA.— A lo que está a la vista: los defectos de uno.

CACO.— Lo cual que no sé a cuálos te refieres.

BADILA.— A no saber ni la A ni la O ni nada.

CACO.— ¡Ahí va, qué risa! Tú no sufras por eso.

BADILA.— ¿Quién va a sufrir si no? ¿Mi tía?

CACO.— Mírame a mí, que no las pío ni por eso ni por cualquier otra cosa.

BADILA.— Que no sufra, me dices. No me mates.

CACO.— Si se sufre por todo, vaya plan.

BADILA.— Estamos ciegos y tú sin enterarte.

CACO.— Eso es faltar y no me gusta. Me cago en algo malo.

BADILA.— ¡No saber descifrar; a ver si no es defecto! ¿Y si es un recado importante que te mandan? Pues te jodes. ¿Y si lo que se lee es diferente de lo que se oye, que todo es una mierda? Pues nosotros in albis. ¿Qué haces con una carta, si te estorba lo negro? Pincharla en el retrete. Y así todo; que cualquiera te tanga y ni te enteras. No te creas que no es triste la vida, (*Hipa.*) que no es triste aquí solos y con este..., (*Hipa.*) con este frío del carajo, y muriéndote de mala manera, sin pena ni gloria. ¿Y qué es aquello, tú? ¿Son estrellas o yo veo deficiente?

CACO.— Anda éste: ¿No dice las estrellas? Son las ventanitas encendidas del Rascacielos. ¡Qué bonito! ¿Verdad? (*Soñador, con el puño en la barbilla, los ojos en blanco, la voz golosa.*) Seguro que a estas horas, allí dentro, los tíos y las tías, el que más y el que menos, vamos, digo yo, ESTARÁN PONIÉNDOSE LAS BOTAS... (*Música. Luz sobre el gato negro de escayola y sobre el letrero de la pizarra, el cual, no se sabe por qué ahora está escrito con admiraciones:*)

¡MAÑANA SERÁ OTRO DÍA!

(*Va cayendo lentamente el telón y cesando la música.*
Fin.)